

Soledad Perdida

Alejandro Sancho Royo





PDF creado el 19 julio, 2020

Esta es una edición sin carácter comercial.

Los derechos de autor deben ser respetados.

Puedes compartir este texto tal y como está conforme a lo especificado en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Se ruega comunicar al autor con quién se ha compartido en:

alejandrosanchoroyo@gmail.es

Soledad perdida

*Un relato de Alejandro Sancho Royo
Granada, Junio 2020*

Índice

Capítulo 1.

- I— Buey7
- II— Cabra..... 16

Capítulo 2.

- I— Dragón..... 27
- II— Caballo 36

Capítulo 3.

- I— Mono 47
- II— Liebre 57

Capítulo 4.

- I— Tigre 69
- II— Gallo..... 79

Capítulo 5.

- I— Rata 93
- II— Serpiente 103

Capítulo 6.

- I— Jabalí 115
- II— Perro..... 124

Capítulo 1.

I— Buey

Silencio en la cueva, voces tras los negros ojos del hombre, que sentado sobre una estera, con la manos sobre las rodillas, mira calmadamente en dirección al suelo. Apenas se oye el crujido de la leña ardiendo. Afuera, la tierra empapa su humedad de siglos, los insectos se afanan en los primeros días del otoño.

Osamu respira y observa, recto como un junco. La lluvia y el trueno por compañía, observa las voces interiores, una línea de sonrisa se dibuja, casi invisible.

Esto es esto, aquello es aquello, no hay nada más que la lluvia y el viento al otro lado. Surge de pronto un recuerdo, una faena a medio hacer, una tarea interrumpida, Osamu respira y observa, sutilmente se endereza, recto

como un junco. Lo deja pasar, es simple, no hay nada más que hacer.

Frente a él, la estera del suelo es un campo arado, un insecto recorre sus surcos atropelladamente.

El tiempo pasa, en cada respiración se levantan imágenes, ideas, sueños y deseos. En cada respiración se rehace y deshace el mundo.

La luz, que entraba por la pequeña ventana, hace un rato que se convirtió en un tinte lechoso y la escasa claridad que fluye de las rendijas del portón va apagándose dando paso a los inconstantes temblores de las llamas como única fuente de color en la cueva.

Osamu respira y observa, une sus manos, murmura unas palabras y se inclina.

Sombras que bailan hacia el fondo de la cueva. Osamu se levanta y se estira. Se asoma a los primeros momentos de una noche ventosa, su mano izquierda pasa las cuentas del mala, sus labios murmuran, repasa el portón.

Camina hacia el fondo donde un hueco del tamaño justo comunica con otra estancia que está a oscuras.

Sus pies descienden varios escalones con la seguridad del gesto cotidiano. El cálido olor a animal le envuelve.

Acaricia el húmedo hocico de la mayor de sus compañeras que acude a lamerle la mano esperando recompensa.

Osamu, agachado, sonrío sus mantras, sus ojos se van acostumbrando a la oscuridad y empiezan a distinguir el lomo blanco de la cabra mientras otro pequeño animal se acerca a tropezones a buscar bajo la madre su ración de leche.

Comprueba la gamella. Falta agua. Sube con cuidado la tranca del portillo pequeño que une el establo con el corral exterior, alejando a las cabras de la puerta con hábiles movimientos de manos. El silencio se rompe en gotas de agua y duros silbidos de viento. Bajo una de las esquinas del resalto de la media techumbre hay un gran tonel, de donde saca un cubo de agua de lluvia. A lo lejos se oyen truenos. Cierra el portillo y sirve el agua a los animales.

La vivienda de Osamu está a medio camino entre choza y cueva. Aprovecha un inmemorial aprisco que ha sido ampliado mediante un murete exterior. Unas oquedades convenientemente hechas en la roca apoyan unos troncos que descansando sobre el murete conforman la parte delantera del techo, mientras que el resto lo hace la propia roca. Una parte de la cueva está dedicada a vivienda mientras que otra algo más pequeña y baja se dedica a unos cuantos animales. El extraplomo de la roca facilita que el agua se separe de la cueva creando un entorno seco y seguro.

Es el quinto otoño que pasa allí y siente que, de algún modo, a pesar de las extrañas circunstancias que le llevaron, empieza a formar parte de ese lugar. La cueva se encuentra en mitad de una subida pronunciada al borde de un barranco por el que un torrente de montaña se despeña hacia abajo. Subiendo algo más arriba el torrente tiene un pequeño remanso, a modo de poza, que le permite asearse y recoger agua en los días de estío. El

resto del año, en aquella zona elevada, el agua no falta de ningún modo, ya sea en forma de lluvia, de nieve o de hielo.

Llegar a la cueva desde la aldea toma unas cuatro horas de camino pues es una subida empinada por un terreno prácticamente virgen, propio de pastores de alta montaña. Algo menos se tarda en bajar, pero no por más rápido menos peligroso. Muy al contrario, la bajada, especialmente en invierno, se hace difícil y, en ocasiones, imposible, pues la nieve y el hielo desaconsejan durante semanas, a veces, salir del refugio.

En aquellas escasas ocasiones en que baja a la aldea, Osamu no habla con nadie. Bueno, con la excepción de la señora Natsumi, a la que conoce desde niño. Gracias a ella ha podido encontrar reposo en la montaña.

Osamu entrega en la aldea el fruto de su trabajo y lo intercambia sin tocar moneda alguna por arroz y otras mercaderías que cubren sobradamente sus necesidades. Osamu tiene treinta años pero, a pesar de su juventud, es un hombre de apariencia cansada.

—¿Todo bien por allá?—Le dice Natsumi como única fórmula de bienvenida la última tarde del anterior verano.

—Umm.—Es su parca respuesta.

—Ahí tienes todo lo necesario.—Señala la señora un grupo de fardos bien atados y ordenados.

Osamu sonríe y deja en el suelo toda su carga de productos. Sin cruzar palabra ni tomarse un descanso, coge sus fardos y vuelve con ellos a lomos de una mula a su cueva.

Esa es la última ocasión en la que apareció por la aldea dos meses atrás. Pocas palabras para recordar. Pocos rostros que ocupen su mente.

Sin distracciones, sin contacto con la aldea, los días se suceden con pequeños cambios al ritmo de las estaciones. El hombre y sus recuerdos son todo lo que hay en la cueva. Eso y los animales que le dan sustento y algo de quehacer. En muy rara ocasión algún pastor pasa por abajo y escucha sus silbidos. Todos en la aldea lo evitan pero siempre hay muchachos jóvenes, atrevidos y curiosos que, alardeando de una valentía innecesaria, se acercan al torrente para poder luego ufanarse de haber visto al extranjero ermitaño del torrente de las Ánimas que es como llaman esas gentes al lugar.

Osamu se baña en el remanso del torrente. Con unas yerbas secas de saponaria se ha confeccionado una esponja que forma abundante espuma. Le gusta sentirse limpio aunque esté solo. No se abandona como otros ermitaños que conoció en sus primeros años de juventud. Realiza con frecuencia el ritual del baño, ya sea invierno o verano. Ya sea que tenga que salir desnudo andando sobre la nieve hacia el torrente o lo haga en una calurosa tarde de verano cuando se une el baño a la agradable sensación del frescor del agua del deshielo.

Limpieza, sostener una rutina diaria, mantener una alimentación simple pero sana, dar pasos en una buena dirección, la vida de Osamu está llena de sentido...para él. Aunque no puede deshacerse de sus recuerdos que aún,

aunque él espera que su mente termine por cambiar, le atormentan.

Una sola estancia con todo a la vista constituye la sala donde vive. Tiene doble puerta. Un portón exterior que abre hacia afuera y una puertecilla interior que lo hace hacia dentro dejando entre medias poco más de un metro de distancia. La puerta interior se desmonta fácilmente en la época estival facilitando la aireación de la cueva, aunque en invierno es bien necesaria. La sala es amplia, aunque la altura es variable pues el techo de roca se va acercando cada vez más al suelo conforme se profundiza.

Cerca de la entrada, a mano derecha, en la parte más alta de la vivienda hay un pequeño altar. Osamu solo dispone unas flores, dos o tres guijarros pequeños en equilibrio y el único vaso metálico lleno de agua. Sobre estos sencillos elementos hay una caligrafía colgada de la pared con un verso:

*Todos los seres que sienten tienen la naturaleza de
Buddha.*

Osamu se sienta frente al altar solo para recitar. Cuando permanece en silencio lo hace contra la pared, dejándolo a su derecha. Dos escasos ventanucos proporcionan luz a la cueva. En algunos momentos del año el sol deja unas estelas cuadradas en el suelo por unas horas. Osamu celebra con alegría el día en que el sol toca durante unos escasos momentos el fondo de la cueva, pues encuentra algo de magia en esos instantes.

Entró con quince años en el monasterio. Demasiado joven y demasiado a disgusto para que su estancia fuera tranquila. No había manera de cuestionar la decisión de su tío. Osamu era huérfano de madre desde su mismo nacimiento y su padre, un hombre mayor que había pasado toda su vida en tierras extrañas, falleció dejándolo en manos de su hermano. El tío, sin afecto ni interés alguno en su cuidado, consideró que con esa edad era adecuado entrar al convento con independencia de su opinión:

—Cuando tengas la edad de mantenerte a ti mismo, te sales del convento. Mientras tanto tienes pagada ahí tu estancia. Algo aprenderás.—Fueron sus únicas palabras dos días después del entierro de su padre, a las puertas del monasterio.

—¿Sabes leer?—Pregunta el monje que le atiende, mirándole a los ojos.

Un muchacho triste, con los ojos irritados y la mirada baja susurra:

—Sí.

—Ven, te enseñaré tu celda.

Los siguientes años en la vida de Osamu conforman la mayor parte de lo que es ahora. El gusto por la rutina, el carácter disciplinado y atento, el honesto placer en el trabajo bien hecho, en el uso de sus propias manos para crear bellos y simples objetos de madera, el sano y atento descanso en las sesiones de meditación, todo eso que constituye el fundamento de lo que es ahora se lo debe

a esa etapa de su vida. Pareciera que los años anteriores a su estancia en el convento se hubieran difuminado en su memoria y que la imagen, que un día fue amable, de su padre, se ha convertido en un dibujo rígido y atrofiado sin contorno ni relieve.

El recuerdo que Osamu tiene de las horas en el taller es lo más parecido al placer físico que ha sentido nunca. El contacto de la manos con la madera, recorrer los troncos con las manos como su maestro le enseñó. Cortar, tallar, pulir, repasar, ensamblar, todos los gestos, las pequeñas tareas que aprendió y que ahora dan lugar a la mayor parte de su sustento, forman también lo mejor de sus satisfacciones.

—Sería un hombre feliz —dice para sí mismo— si no fuera...

Osamu respira. Sonríe. Vuelve a respirar.

—No dejes que la rabia empañe tu alegría —recuerda la voz de Natsumi.

La vida en la montaña le permite mirar al cielo. La inmensidad del cielo y el escarpado relieve que corta como un cuchillo el inmenso azul divide el mundo en esas sombras moradas que la tarde deja en las montañas frente al luminoso color de la noche que se acerca con fuegos de artificio.

—La verdad, —piensa— es que esto se lo debo a ellos. No debería sentir enfado sino agradecimiento.

Todo es perfecto entonces excepto el «debería» que se clava aún en su mente como un dardo venenoso.

Osamu respira. Sonríe. Vuelve a respirar.

—Se calmará, tarde o temprano se calmará —recuerda la voz de Natsumi.

Cuando vuelve la vista hacia el valle, el paisaje también es precioso aunque Osamu no pueda o no quiera reconocerlo así. En primer plano el río, que alimentado por decenas de torrentes y venas de agua discurre caudaloso, más allá la aldea, pequeña y bien mimetizada con los bosques que la rodean, muy al fondo, casi confundándose con las brumas del horizonte, detrás de otras aldeas más grandes, está la ciudad. No es una capital importante pero ahí está el monasterio, el palacio del daimyō, allí vivió con su padre cuando volvieron del continente, allí viven -imagina- aún su tío y la poca familia que le queda.

Osamu evita mirar hacia allá y siempre busca la forma de que, aún en esas altas tierras donde la vista es capaz de llegar tan lejos, sus ojos no descansen nunca en esa dirección, la dirección del dolor y la pérdida. Un filo azul más allá aún que solo se muestra en los días más claros, está el mar, asaltado aquí y allá por otras montañas y otras islas.

La paradoja es que acercándose, bajando de la alta montaña hacia la cueva, en realidad se aleja y repliega hacia su interior. El único motivo por el que no le gustan del todo las cumbres es justamente porque le muestran el fondo del valle y la llanura, porque le obligan a afrontar lo que aún no ha resuelto en su alma.

Osamu recuerda el cuento del buey y el boyero, que tantas veces leyó en el monasterio y cuyas ilustraciones le entusiasmaba admirar:

—¿En qué momento estaré yo? Creo que aún he de domar al buey.—Se dice a sí mismo.

A finales del verano, poco antes de volver a su cueva, observa extrañado numerosos hilillos de humo en el horizonte y se pregunta qué querrán decir pues no es época de fuegos para calentarse. No sabe desde la distancia que los tiempos están cambiando.

II— Cabra

Cinco cabras, dos parideras, dos cegajas y un macho. Una mula ya mayor. Esos son sus compañeros cotidianos. Osamu disfruta con ellos. Son simples y fieles. Son alegres en los buenos momentos y le permiten vivir en la montaña. Disfruta de su olor, acre a veces. Los aleja de la cueva en cuanto asoman los primeros calores. Ha dispuesto de un redil algo más arriba en donde pueden estar cómodamente cuando los días alargan, alejando de esa forma los insectos y el olor que se hace más intenso. El verano anterior subió con sus animales a los altos prados de las montañas. A pocas horas de la cueva siguiendo la empinada subida serpenteante que lleva a la cabecera del torrente, casi desaparece el arbolado. En prácticamente diez minutos de recorrido se pasa de un bosque frondoso a un páramo en el que solo pue-

den encontrarse arbustos espinosos que cada vez se pegan más y más al suelo: coscojas primero, sabinas más tarde y pequeñísimas plantas rastreras propias de las tundras heladas junto con líquenes y musgos que cubren las rocas a la máxima altura, sirven de alimento a los escasos grupos de herbívoros salvajes de las altas montañas.

Osamu conoce refugios naturales donde pasar algunas semanas en esos páramos. A esas alturas ni los más atrevidos pastores se asoman. Temen la brusca variación del tiempo, que ellos siempre achacan a espíritus y dioses caprichosos y, por supuesto, también temen al oso, el rey de las montañas. Aprovecha esas semanas para recoger algunas plantas difíciles de encontrar salvo en esas alturas. Son plantas que no usa para sí mismo pero que sabe de su valor y utilidad y que tras ser tratadas y secadas convenientemente puede cambiar por aquello que necesita en la aldea, al final del verano.

A veces, en los momentos duros del invierno, cuando las cabras están recogidas en el corral, ha escuchado al lobo. Sabe que hace décadas que nadie ha visto al lobo. En la aldea se cuentan historias que sirven para asustar a los niños y entretener a los mayores en las frías y largas noches del invierno, pero hace ya muchos años que ni el más viejo del lugar puede asegurar haber visto al lobo con cierta credibilidad. Sin embargo, Osamu lo ha escuchado. El lejano y triste aullido ha resonado en lo alto de las montañas.

En verano, en las semanas que pasa allá arriba, vagabundea con las cabras, eligiendo los pastos más verdes, las praderas más amplias en donde algunos años ha permitido al macho acercarse a las hembras. Estos encuentros entre los animales le han dejado algunas crías que más tarde vende en la aldea. No siempre es fácil reunir al rebaño, dos años atrás llegó a tener más de veinte cabezas, pero decidió reducir la cabaña al mínimo imprescindible para su sustento pues el trabajo era excesivo para él solo y lo alejaba de las tareas que realmente deseaba tener.

Cuando las primeras tormentas de finales de verano aconsejan bajar, recoge la parte del rebaño que va a vender, parte de su producción de quesos que madura en la cueva y muchos objetos de madera tallada y acude a la aldea para aprovisionarse antes del invierno. Son dos o a lo más tres veces al año las que baja y ni siquiera se queda una noche pues los animales no pueden permanecer demasiado tiempo sin atender.

En una cuantas ocasiones ha visto a una zorra mero-deando por la cueva. Una mañana de otoño en la que aún el sol calienta a mediodía, Osamu ha extendido en una estera de esparto los rojos frutos del otoño que acaba de recoger. Algunas avispas rondan la fruta. Él, que se ha levantado bien de mañana, cabecea amodorrado por el sol. En un instante siente que una sombra pasa sobre sus ojos. Casi sin moverse, pestañea y la ve allí, apenas a dos metros de distancia comiéndose la fruta.

—¡Chuss!—Exclama.

La zorra lo mira y sin demasiado aspaviento se aleja con el hocico bien rojo.

—¿Será posible?—Se sorprende a sí mismo hablando en voz alta. Un hábito que ha evitado todos estos años de soledad es el de hablar en voz alta. Sabe que es común entre ermitaños y ancianos solitarios. También sabe que es un hábito difícil de quitar una vez se instala. Uno de los monjes mayores que le ayudaron los primeros años en el monasterio, había vivido más de veinte de retiro solitario en una cabaña en el bosque. Él fue el que le advirtió sobre el nefasto efecto de hablar en voz alta sobre la mente del practicante.

—Deja a tu mente descansar todo lo posible, —le dijo.— Sé que es imposible dejar de pensar, no lo intentes siquiera, pero no alimentes tu mente con palabras. Respira, sonríe y mantente en silencio. No te culpes si a veces te sorprendes hablando o con diálogos internos, simplemente no lo alimentes, déjalo estar.

La zorra vuelve varias veces a lo largo del otoño. Tiene crías y busca la forma de alimentarlas. En muchas ocasiones encuentra sus huellas junto a las pequeñísimas de sus crías y los excrementos en el bosque, cerca de la cueva. En los momentos más crudos del invierno deja un trozo de queso o unas gachas en un lugar que sabe que le gusta, medio escondido tras unas rocas con viejos troncos enredados a su alrededor.

Osamu siempre que baja a la aldea lo hace por la cuesta empinada que sube paralela al torrente y sigue por un

río caudaloso que pasa finalmente entre las casas. Hay otro camino más largo y suave que, adentrándose en el bosque va bajando dócilmente entre pequeñas venas de agua. Es un bosque de castaños, nogales y coníferas que aún siendo magra su producción, por ser frutos silvestres sin cuidar, permiten sostener una dieta algo más variada que la que proporcionan el arroz, el sorgo y la soja que sube de la aldea. Le gusta entretenerse en ocasiones por el bosque, especialmente en aquellos momentos del año en los que no hay muchos campesinos o pastores con los que prefiere no encontrarse. En el bosque disfruta de alondras, jilgueros, zorzales y otras aves cantoras que convierten el paseo en una alegre diversión.

—¿Qué haces ahí? —Escucha decir a su padre en su memoria.

Osamu siempre fue un chico tranquilo y solitario. Cuando llegó a la isla no había cumplido los trece años. Siempre yendo de un lado a otro del norte del continente, acompañando a un padre nada severo pero siempre ausente, en manos de distintas amas de cría, cuidadoras y sirvientas, se había acostumbrado a ser tratado correcta pero fríamente. La alegría y necesidad de afecto propia de un niño la había volcado sobre los pequeños animales que le permitían tener. Cuando lo llevaron al convento enseguida comprendieron que era muy bueno cuidando algunos de los pocos animales con los que contaban los monjes y lo dejaron hacer. Eso y, por supuesto, tallar la madera, habilidad en la que destacaba como pocos.

Los paseos por el bosque también le proporcionan la materia prima para este trabajo. Osamu no tala, espera pacientemente que el rayo, los movimientos naturales de tierra en la montaña, el viento o la acción de otros hombres, hagan el apeo por él. Una vez que el árbol está caído, elige con cuidado las partes que más le interesan. Por lo general prefiere las raíces. Aunque es una madera más dura y difícil de trabajar, por la falta de homogeneidad de las fibras, sin embargo es una materia que, como se dice a sí mismo, «le habla más que otras». Cuando compara la rectitud y homogeneidad de un trozo de tronco recto de madera de pino con la anfractuosidad de una serpenteante pieza de raíz de enebro, la primera madera es sencilla, limpia pero demasiado simple para despertar en él una «historia» mientras que la segunda lo lleva por paisajes lejanos, vidas complejas, espacios soñados que apenas dejan entreverse.

Y no es que las piezas que ejecuta Osamu sean caprichosas o representen escenas diversas. Al contrario, Osamu realiza cuencos, platos y objetos de uso muy cotidiano, objetos que en su completa mayoría están pensados para ser usados a diario. Es por eso mismo por lo que busca que siendo todos prácticamente iguales; un plato es un plato, un cuenco es un cuenco, una cuchara es una cuchara, sean a la vez completamente distintos, pues los dibujos, nudos y sombras de una raíz nunca se repiten. De esta forma sus objetos, como las respiraciones, siempre son iguales y siempre diferentes.

En prácticamente todas las casas de la aldea se usan los utensilios de madera del extranjero. Así le llaman, «el extranjero», aunque algunos le conocen por su nombre y otros -los menos- dicen de él, sin fundamento alguno, que es el hijo de Natsumi. Ella no lo sabe y si llegara el día en que alguien se lo dijera se sentiría orgullosa más que ofendida. Pero no, Natsumi tuvo dos hijas muchos años atrás. Dos chiquillas que, junto con su marido, el cólera se llevó en un lejano y triste verano allá en el continente. En los últimos días del mismo año que murieron, Natsumi empezó a trabajar para el padre de Osamu. El chiquillo tenía la misma edad que su pequeña, siete años, y sustituyó durante un tiempo la terrible pérdida. Hikari, vecina de Natsumi y de su misma edad, conoce su pasado. Ambas nacieron la misma primavera y durante sus primeros años jugaron juntas en la aldea. Juntas viajaron a la ciudad siendo jóvenes en donde sus caminos divergieron. Ella volvió al pueblo donde tiene hijos y nietos aunque su marido falleció. Natsumi viajó al continente con el apuesto joven con el que se casó y volvió muchos años después, sola y mayor, aunque con unos buenos ahorros que le permiten vivir dignamente. Cuando hace cinco años Osamu apareció derrotado por casa de Natsumi, ella sabía bien que él no era su hijo pues su vecina y amiga, en las oscuras y largas tardes de invierno, al abrigo de unas tazas de té, le había contado sus andanzas por el continente y la vida de su patrón, el padre de Osamu.

—El queso de esta remesa es excelente. Tiene el aroma fresco de los pastos de la alta montaña mezclado con el musgo de la cueva. Es delicioso. Tengo suerte de que a mi hijo y su nuera no les guste. —Y ríe con una mirada pícara.

—¿Por qué no les gusta?—Pregunta Natsumi.

—Dicen que es comida extranjera, hecha por un extranjero loco que vive junto al torrente de las Ánimas. No les importa usar sus fuentes, cuencos y platos pero no quieren probar su comida.

—¡Vaya!

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse allá arriba? Es una pena, un hombre tan joven.

Natsumi no quiere hablar de lo que no le corresponde pero tampoco desairar a su vecina.

—No sé, Hikari, nosotros hablamos poco. Viene pocas veces al año y cuando lo hace intercambiamos cuatro palabras y unas listas de compras y ventas, poco más.

Osamu desconoce las conversaciones de Natsumi y el halo de misterio que levanta su larga estancia en la cueva. El otoño va llegando a su fin y el acopio para los duros días de invierno le tiene muy entretenido. La lluvia es cada vez más común, el torrente, que a finales de verano baja más escaso, empieza a tener algo más de caudal aunque el agua viene algo turbia con las primeras lluvias. Las ranas casi han enmudecido y las salamandras empiezan a dejarse ver cuando algunas noches enciende el fuego en la cueva. Las cabras empiezan a pasar más

tiempo dentro que fuera del corral. Osamu monta a la mula para recoger leña, También disfruta paseando con ella por el bosque. Es tiempo de recogida de setas que abundan cuando vienen días aún cálidos después de las lluvias.

A veces, por simple curiosidad, se acerca a las últimas parcelas cultivadas de la aldea, las más altas, en donde pueden verse los cerezos que florecen preciosos al final del invierno. Cuando lo hace, mira desde el linde del bosque sin dejarse ver, cosa que aumenta todavía más las habladurías de los campesinos con los que en escasas ocasiones se ha cruzado.

Los primeros fríos sorprenden a Osamu construyendo hornacinas de piedra que reparte por el bosque y otros lugares cercanos al torrente. En su interior coloca sencillas estatuas de Jizō, el bodhisattva que prometió no entrar al nirvana hasta que los infiernos estuvieran vacíos. Las estatuillas que hace Osamu son muy simples, rayando en lo esquemático, y las sitúa dentro de hornacinas hechas con las propias lajas de piedra del terreno, en lugares escondidos.

Las tradiciones populares vinculan a Jizō con los niños fallecidos o perdidos, los abortos y la desesperación de las madres, Osamu conoce bien esas tradiciones que también son suyas pero el motivo por el que está levantando estos rústicos altares está más en relación con la necesidad de dar respuesta a un sentimiento de pérdida que no acaba de cesar.

Jizō, el bodhisattva Ksithigarba de la tradición budista clásica, es conocido en toda Asia no solo como protector de la infancia sino como el personaje central de uno de los primeros sutras que se tradujeron del sánscrito al chino y de este al japonés. Osamu lo recitaba frecuentemente en su monasterio. Ha interiorizado hasta tal punto sus enseñanzas que ha querido rendirle este pequeño homenaje, pues las enseñanzas sobre el karma y la retribución de las acciones le han ayudado a sobrellevar su carga.

Tras las primeras nieves pospone su rutina de crear estos altares dejándola para mejores tiempos. Ya en su cueva se deleita con la lectura de los dos únicos volúmenes que tiene en su poder: el Jizō Hongan Kyō , uno de los sutras de Jizō, y una versión en sesenta capítulos del Shōbōgenzō, las únicas posesiones que tras diez años en el monasterio, le permitieron llevarse ya que eran copias escritas por él mismo.

En la cueva el orden es estricto. En la esquina opuesta del lugar para el altar, hay un espacio para cocinar con un fogón cuyo tiro se produce gracias a un agujero en el techo que comunica con el exterior protegido por una chimenea. Junto al fogón hay una gran tinaja de barro que siempre está tapada y llena de agua. Al fondo hay un lecho de paja prensada que cada día retira contra la pared dejando el espacio libre y evitando que se llene de insectos. Frente al lecho está el paso al corral, separado por una trabada cortina de cuerdas de la parte principal

de la cueva. Cuando la nieve le da un descanso saca a los animales y limpia el corral interior. Aprovecha para realizar alguna tarea, cortar leña, afianzar la techumbre y poco más.

Capítulo 2.

I— Dragón

Hace varios días que escucha extrañas estampidas a lo lejos. Cualquier ruido brusco en el silencio de la montaña es amplificado. A veces, cuando el viento es favorable y sube desde el fondo del valle ha podido escuchar el largo silbido de los pastores. Pero estos días ha llegado a escuchar algo parecido a explosiones y disparos de artillería. Son ruidos que no le preocupan pero le incomodan y llaman su atención.

Ajeno a los devenires del mundo, Osamu no es consciente de las luchas entre facciones que se producen en la ciudad afectando a toda la región. Las pocas palabras que intercambia con Natsumi nunca hacen referencia a ese tipo de cosas. Los conflictos de Osamu, de produ-

cirse, lo hacen en su memoria y en su corazón y con el tiempo, muy poco a poco, se van calmando.

Osamu respira frente a la pared. La manos sobre las rodillas, recto como un junco. Escucha con claridad varias detonaciones, separadas entre sí unos minutos pero nada lejanas. La noche está a punto de caer y una suave nevada empieza a cubrir de blanco las montañas. Osamu no se mueve pero su mente deja la calma del silencio para empezar a hacerse preguntas.

Lo deja pasar: es simple, no hay nada que hacer.

Media hora más tarde, cuando ha terminado, se levanta y sale al exterior. Silencio. Nota extrañado que la mula está algo inquieta en el corral. Entra y la tranquiliza con varias palmadas en las ancas. Vuelve a salir. La nieve comienza a caer más copiosamente cuando escucha una voces lejanas. Voces masculinas que no llega a comprender. Coge un grueso abrigo y sube la cuesta en dirección al bosque de donde parecen proceder. Camina un buen rato hacia la aldea.

—¡Volvemos mañana!;Se hace de noche!;Le hemos dado seguro!;Aquí no van a tener abrigo!;Volvemos mañana!—
Cree reconocer a lo lejos.

Osamu se queda completamente quieto. Entre la nieve y la poca luz del final de la tarde cree entrever la forma sombría de varios soldados, uno de ellos a caballo. Espera inmóvil y agazapado pues no desea ser visto. Varios minutos más tarde, cuando se dispone a volver a la cueva escucha el llanto de un bebé. No está lejos.

Vuelve sobre sus pasos y se desvía a la derecha. Ya casi en completa oscuridad se acerca en la dirección de un sonido cada vez más limpio y claro. En la ausencia de luz puede entrever la silueta de una de las hornacinas dedicadas a Jizō, a sus pies un cuerpo caído que arropa al bebé que llora. Osamu coge al bebé y lo intenta calmar calentándolo con sus ropas. Una mujer herida e inconsciente está a sus pies. La nieve pegajosa está mezclada con sangre. Osamu intenta despertarla pero no lo consigue. Deja al bebé envuelto en su abrigo en el suelo y carga con la mujer sobre sus hombros atándosela a la espalda con una de sus cintas. Recoge al bebé y se lo pega al cuerpo volviendo rápido a la cueva.

Afortunadamente, —piensa— la nieve no lleva mucho tiempo cayendo. No llega a hundirse siquiera a media pierna. Cuando llega observa que va dejando un reguero de sangre y que él mismo y sus ropas están empapadas. El bebé ha dejado de llorar y medio dormita entre los pliegues de su abrigo. Lo deja tranquilo y coloca a la madre en su colchón. Nervioso y torpe, atiende asombrado a la muchacha. Tiene una herida de bala en el hombro derecho y otra en la parte alta del muslo izquierdo. La primera tiene claramente una salida por delante pero la segunda no.

—¿Qué hacer?—Se pregunta.

La única experiencia con heridas la ha tenido con rozaduras y golpes de animales. También recuerda haber-

se tratado a sí mismo pequeños cortes y arañazos, nada comparable con esto.

—Lo primero evitar que se desangre. —Se dice a sí mismo.

Con manos firmes desviste a la muchacha. Es la primera vez en su vida que ve el cuerpo de una mujer desprovisto de ropa. Ni siquiera tenía conocimiento a través de imágenes. Coge un balde grueso y lo llena de agua. La herida del hombro derecho sangra poco, pero la del muslo empapa rápidamente el colchón. El color de la chica es cada vez más blanco. Con una cuerda hace un fuerte torniquete por encima del muslo, casi a la altura de la ingle. La herida deja de sangrar. Lava con saponaria el cuerpo de la muchacha. Tapa las heridas de entrada y salida del hombro con unas hierbas que usa para las rozaduras de la mula, triturándolas y mezclándolas con arcilla, con unos trapos envuelve el hombro con cierta habilidad. La sitúa boca a bajo, tapándola, deja al descubierto la pierna izquierda. Observa la herida. Deduce que la bala aún debe encontrarse dentro.

—¿Qué hacer?—Se pregunta.

Por un momento piensa que lo mejor es esperar y pedir ayuda al día siguiente. Mira a su alrededor. Las ropas que ha dejado de cualquier forma en el suelo, empapadas de sangre, no son las de una campesina, ni las de una prostituta. Esas ropas solo pueden llevarlas señoras de la nobleza de la ciudad y no cualquier nobleza. Piensa que tienen que ser de una señora de las más altas esferas

de palacio y deduce que no hay ninguna ayuda que pueda pedir en estas circunstancias.

—Si dejo toda la noche la pierna con el torniquete lo más seguro es que muera.—Reflexiona.

Esos blancos glúteos que esconden un tesoro le distraen. Osamu los tapa.

—¿Qué hacer?—Se pregunta.

Vuelve su mirada a la caligrafía de la pared.

Todos los seres que sienten tienen la naturaleza de Buddha.

Con sus manos separa los bordes de la herida y los lava de nuevo con saponaria. Al fondo parece asomar un objeto metálico que destaca sobre la sangre. Osamu busca unas pinzas finas que usa para diferentes cosas; extrae espinas, ácaros a los animales y cosas así. Sobre las brasas que quedan añade unos trozos pequeños y secos de leña que arden enseguida. Coloca la punta de las pinzas sobre el fuego y espera un poco. Con firmeza y entonando un mantra en su interior introduce las pinzas en la herida. La muchacha gime.

—Buena señal.—Piensa.

Ni a la primera ni a la segunda, pero cuando lo intenta por tercera vez nota claramente que ha atrapado algo duro que extrae con cuidado. Una bala brilla entre la sangre. El bebé comienza a llorar.

Mientras Osamu va terminando de atender a la muchacha, cerrándole la herida, comienza a recitar en voz alta

lo primero que se le ocurre, el sutra de Jizō, y lo hace con una voz cadenciosa que lo calma por momentos. Comprueba que tras quitar el torniquete no sale más sangre. En el momento en que está comenzando a vendarla, la muchacha se orina. Osamu nota el calor del líquido que le empapa también a él. Es claro y no tiene mal olor.

—Buena señal.—Piensa.

Vuelve a limpiar y recompone algo el lugar. Calienta algo de leche que mezcla con agua e intenta dar de beber a la muchacha, sin éxito, mientras le dice:

—Has perdido mucha sangre, bebe.

Osamu le da palmaditas en la cara para que despierte:

—Bebe, bebe por favor.

La muchacha abre ligeramente los ojos y murmura:

—Gracias, ¿y el bebé?

—El bebé está bien. Bebe, por favor.

La chica bebe con ganas un par de cuencos de leche rebajada. Nerviosa, hace intentos de hablar. Osamu la tranquiliza:

—Hablares mañana, ahora descansa.

Con la paja que tiene seca para alimentar a los animales hace un lecho improvisado que sustituye al suyo. Tras limpiar de nuevo todo, la coloca en seco y la tapa. El bebé comienza a llorar. Osamu se da cuenta al limpiarlo que es una niña. Rompe la punta de uno de los dedos de un guante de piel y con una cuerda confecciona una especie de biberón con el que lo alimenta con la leche de cabra rebajada. Al rato, la bebé y su madre descansan

una al lado de la otra. Osamu está exhausto. Emocional y físicamente agotado, sale al exterior. La noche está bien entrada. Ha dejado de nevar y la luna otorga a la nieve una cualidad irreal, como si la luz procediera del suelo. Osamu chasquea la boca:

—Se ve claramente nuestro rastro.—Piensa.— Jizō, por favor, haz que siga nevando.—Murmura.

Mira hacia el cielo que está limpio. La luna casi en su cenit. Entra en la cueva, nota el contraste de temperatura y un extraño olor a sangre muy intenso. Coge un abrigo, una pala y una especie de escoba y vuelve a salir. Cuando penetra en el bosque la luna atraviesa las copas de los árboles dejando unas extrañas manchas blancas en el suelo. Bajo la hornacina la sangre aún es bastante visible a pesar de que algo la ha cubierto la nevada. Osamu con la pala comienza a cubrirla y a disimular con ramas y hojas el movimiento de la nieve. Poco a poco, volviendo sobre sus pasos va intentando borrar el rastro. Cuando llega a la puerta de la cueva el cielo se ha encapotado de nuevo y la luna ya casi no es visible. Al entrar revisa que ambas fugitivas están bien. Afuera comienza a nevar copiosamente.

Osamu se queda dormido junto al fogón. Poco antes de amanecer, la bebé empieza a gorgotear y se despierta. Osamu va a atender a los animales. Ordeña las cabras, le llena la gamella de agua y vuelve con la leche aún humeante del calor de las ubres. La rebaja con agua caliente y le da de mamar a la pequeña que tiene que limpiar

pues vuelva a estar sucia. La madre aún duerme. Osamu la toca y tiene algo de fiebre. La va a dejar dormir pero al abrir los ojos, le ofrece agua fresca. La muchacha le sonríe agradecida.

—¿Cómo te llamas?—Pregunta Osamu.

—No debes saber mi nombre. Ll mame Yuki, como la nieve en la que me encontraste.

—¿Te duele?

—La pierna s  me duele, no tanto el hombro.

—Te preparar  algo de comer.

—Debo darle de mamar a mi pequeña.

—Creo que tu pequeña ha comido bastante. Quizás más adelante.—Responde Osamu.

Yuki cierra los ojos y respira profundamente dormida.

Osamu sale fuera. El día está empezando a nacer. Hace c culos y piensa que los soldados, de acercarse, lo harán a media mañana. Tras la copiosa nevada no le preocupa ya el rastro que hayan dejado pero sí que algún aldeano les hable de él. Osamu intenta ocultar cualquier detalle que les permita averiguar la presencia de Yuki y su hija. Todas las ropas y los restos con sangre los esconde bajo una buena montaa de paja sucia de los animales. Al fondo de la cueva, en el encuentro entre el suelo que se levanta y el techo que baja, hay un rellano donde cabe el cuerpo menudo de la muchacha. Osamu lleva all  una buena cantidad de paja limpia que apelmaza con sus manos y cubre con una piel. Desde la puerta, el fondo de la cueva está casi a oscuras. Traslada a la enferma con cuidado, que

se queja en sueños. Deja a su bebé al lado. Coloca unos fardos por delante de forma que, si uno no se acerca, ni siquiera se puede sospechar que la cueva siga tras ellos. La bebé llora. Osamu la coge, revisa su ropa. Está limpia. La arrulla y le canta una canción suavemente. La madre, medio dormida extiende sus brazos hacia ella:

—Dámela.—Dice.

Osamu la deja a su lado. Un abultado pecho caliente la calma definitivamente. Se escucha la respiración rítmica de la bebé que separa cada buche de leche de su madre con el aire que entra por su naricilla.

La mañana pasa y no escucha movimiento fuera. Osamu sale en cuanto la luz permite ver claramente. Conoce un risco, poco más arriba, al que en ocasiones se ha subido, desde el que se tiene una visión tanto de la cuesta que lleva desde el río a la cueva como desde el camino que procede del bosque. El único inconveniente es que debe cruzar el torrente para alcanzarlo. La nieve no facilita la tarea. Con cuidado, bien abrigado y pertrechado con cuerdas y pico, alcanza el promontorio tardando el doble de lo que suele tardar en época estival. Evita ponerse completamente de pie. Desde arriba logra ver los finísimos hilos de humo de algunas casas de la aldea. También algunos recodos del blanco sendero que asciende junto al río. Nada a la vista. Permanece allí tumbado sobre la roca, vigilando los caminos durante una hora. Ni un solo movimiento. Con más cuidado aún que a la subida, baja poco a poco en dirección a la cueva.

II— Caballo

Tres días después la fiebre aún no ha bajado. Yuki, con los ojos vidriosos, tiene un aire preocupado.

—¿Puedes ponerte bocabajo? Necesito ver la herida.

Osamu se encuentra con lo peor. Una amplia zona tumefacta que empieza a oler mal. A pesar de que los tres días ha estado muy pendiente de la limpieza y vendaje, la herida no tiene buen aspecto. Yuki se queja con cada movimiento.

—¿Crees que hay alguien al que podamos pedir ayuda?—
Pregunta Osamu un tanto ansioso.

Yuki, con un gran tazón de té entre sus manos, mira a Osamu y responde:

—Las cosas empezaron a ir mal en palacio hace unos meses. Yo estaba embarazada y mi marido estaba fuera enredado en campañas de guerra. Cuando nació Takara en el propio palacio se estaba luchando. Solo pude contar con la ayuda de dos sirvientas. En cuanto pude levantarme salimos de noche con la niña por una puerta oculta. Me fui con las sirvientas y antes de llegar a la casa de mis padres, nos dimos cuenta de que estaba en llamas. Tuvimos la suerte de que una buena mujer nos acogió en su casa pero nos pidió que en cuanto pudiéramos nos marcháramos de allí pues estábamos poniendo a su familia en peligro. Una de las sirvientas es de la aldea junto al río. Con las poca joyas que saqué de palacio conseguimos un carro que nos trajo hasta la aldea en donde hemos permanecido escondidas tres meses. Pero algún

aldeano que ha tenido noticia, pretendiendo sacar partido de la situación, nos ha delatado. Yo huí como pude, pero mi querida sirvienta y amiga no lo logró.—Dice entre lágrimas— Y no, no creo que nadie pueda ayudarme, salvo tú.

—¿Supiste algo de tu marido en los días que estabas escondida en la aldea?

—Todos murieron. Mi marido y sus hermanos, mis padres...—No puede seguir hablando. Oculta su rostro entre sus ropas.

—Yo no soy médico y esa herida no está bien. ¿Podrías estar aquí tú sola durante el tiempo que tardara en ir a la aldea?

—No, no. Si se enteraran te matarían y luego vendrían a por nosotras.—Responde asustada.

—¿Qué tiene esa gente contra ti y la niña?

—Somos la esposa y la hija del daimyō que cayó en el bando equivocado, ¿te parece poco motivo?

Osamu está sentado a su lado sobre sus propias piernas y, como movido por un resorte, se postra colocando su frente en el suelo entre sus manos.

—Por favor, Osamu, déjate de reverencias. Creo que has visto más de lo esperable de la dama del daimyō como para andarte con remilgos.

La niña interrumpe la conversación con un peo sonoro. Ambos comienzan a reír.

Entre atender a las huéspedes, cuidar de los animales, cocinar, mantener limpio el lugar y salir de vez

en cuando al exterior para adelantarse a posibles problemas, Osamu no tiene tiempo para sus tareas cotidianas. Observa interesado cómo su propia mente cambia, cómo el diálogo interior, que ha evitado en tantas ocasiones, ahora simplemente ha desaparecido. ¿Es que la mente humana tiene tanta necesidad del «otro» que cuando no lo tiene se lo inventa y, cuando aparece un otro tangible, esa invención se diluye?

Afuera hace frío. Hay un silencio especial. El que proporciona la nieve en un día gris pero sin viento. Mira al cielo encapotado intentando averiguar, por la sutil mancha de claridad, a qué altura está el sol. Preocupado por la vida de Yuki, se pregunta:

—¿Qué hacer?

Piensa en cauterizar la herida de la pierna, en el dolor, quizás inútil, que puede provocar.

—Es un mal lugar, —sigue pensando— un lugar en donde fácilmente la herida se ensucia por mucho cuidado que se tenga.

Osamu asocia, como es común en su mundo, la suciedad con la enfermedad. Sabe que Yuki no puede moverse y lavarse. Eso dificulta mucho su recuperación.

—¿Qué hacer?

Escucha el llanto de Takara y entra a la cueva. Yuki está adormilada y no atiende a su hija. Osamu la coge e intenta calmarla cantándole bajito.

—¿Ha comido?—Le pregunta a Yuki que no responde. Le toca la frente. Está ardiendo.—¡Vaya!—Piensa.—Va más rápido de lo que esperaba.

Con la niña en brazos comienza a preparar lo necesario para cauterizar la herida de la pierna. La mece en sus brazos mientras recoge hierbas e instrumentos, con un solo brazo sus gestos y movimientos son torpes. El irregular suelo de la cueva tampoco le ayuda. Takara se queda dormida. La deja con cuidado sobre un amplio cesto que ha dispuesto como cuna. Se vuelve a Yuki e intenta incorporarla para darle algo de agua. Yuki despierta y le mira con ojos extraños.

—Voy a intentar limpiarte y cauterizarte la herida. Te va a doler. Te va a doler mucho.—Le dice.

—¡Nooooo!—Susurra.

—No queda más remedio, señora.

—Cuida de mi hija, por favor.

Osamu hace por colocarla bocabajo. Alrededor de la herida y hacia abajo se ha extendido una mancha morada. La piel está hinchada y los bordes de la herida se han abierto. Del interior sale un líquido entre verdoso y amarillento. Toda la zona despide un fuerte olor. Tras lavar con saponaria y secar bien la zona, Osamu utiliza una fina vara de hierro calentada durante tiempo en el fogón que introduce en la herida despidiendo un humo que, extrañamente, le recuerda a su infancia. Le recuerda algunas ocasiones en las que, en el continente, comió cerdo asado con su padre. El estómago se le levanta y le

dan arcadas que no se permite. Yuki gime medio inconsciente. Osamu tapa el hueco de la herida con las mismas hierbas pulverizadas y mezcladas con arcilla. Vuelve a vendarla con un trozo de paño.

Las siguientes horas las pasa dedicado a Takara que empieza a reconocerlo y sonreírle. La lleva consigo a cuidar de sus animales. Incumple por primera vez una de sus normas. No meter ninguna luz en el corral. Es tan fácil con tanta paja seca que se produzca un accidente que Osamu nunca entra con el farol. Pero ahora es distinto porque quiere que Takara vea las cabritas.

Yuki sigue durmiendo. Antes de que la noche caiga, mientras Takara duerme, Osamu intenta sin éxito hacer beber algo a la madre. La fiebre sigue siendo alta. Yuki delira y grita. Osamu la calma.

Tras una noche agitada en donde la fiebre de la madre y el llanto de la hija casi no le han permitido descansar, Osamu prepara algo de comida. Yuki parece algo más despejada. La fiebre no le ha bajado mucho, pero a esa hora de la mañana está más presente y juega un poco con Takara que la mira contenta.

—Osamu, no sé cómo darte las gracias por todo lo que haces por nosotras. No sé nada de ti. ¿Qué haces en las montañas tan alejado de la aldea?

—Es largo de contar. No es momento de aburrirte con mis cosas. Tienes que comer y reponerte.

Yuki comienza a comer. Muy lentamente, pareciera que se está obligando. Entre bocados insiste:

—Pues quisiera saber algo de ti. No es curiosidad, es que necesito saber quién eres. No sé, no creo que me quede mucho tiempo. Me gustaría saber en manos de quién dejo a mi hija.

Osamu respira hondo.

—No digas eso. Ya que he roto todos mis votos, deberías al menos curarte, ¿no?—Osamu le sonríe.

—¿Votos? ¿Pero es que eres monje?

Osamu comienza a contarle su origen. Sus primeros años en el continente, que no conoció a su madre, la vuelta a la isla, el fallecimiento de su padre y la entrada al convento. Yuki atiende atenta mientras sigue comiendo muy lentamente. Takara juega con un trozo de madera que le ha dejado Osamu. Se hace un silencio. Yuki bebe un largo sorbo de té.

—Lamento mucho ser tan prosaica pero, ¿sabes? Con tus cuidados, la comida y la leche de cabra, necesito... ya sabes...—No sabe muy bien cómo decir que tiene que hacer de vientre.

—¿Ir al corral?—Pregunta Osamu.

—Eso, pero no me veo capaz de ponerme en pie. Estoy avergonzada. Te pido disculpas.

Osamu le pide un momento. Entra en el corral y saca a las cabras afuera. Cruza un travesaño en medio colocando paja limpia en el suelo. Coge en brazos a Yuki y la lleva al corral.

—¿Eres capaz de apoyarte en el tronco?

—Sí, creo que sí.

—Te dejo un rato. Tienes un balde con agua ahí cerca, ¿lo ves? Cuando acabes, llámame. Te traeré algo con lo que secarte.

Algo más tarde retoman la conversación.

—¿Y cómo es que no estás en el monasterio?

—Es la primera vez que cuento esto en voz alta.—Le dice Osamu.—Nunca, nadie ha escuchado esta historia de mis labios. Quiero que sepas que si la repites en cualquier momento, en cualquier lugar, la negaré.

Yuki comprende la importancia que tiene para Osamu poner palabras a su experiencia. Lo mira a los ojos atenta, dándole espacio.

—Unos nueve años después de entrar al convento, tendría yo unos veinticuatro, ingresó un joven de una familia rica de la ciudad. Es posible que conocieras tú a la familia. No voy a decirte el nombre. Él tenía en aquel momento unos dieciocho. Era apuesto, viril, engreído y no estaba allí por su voluntad sino por razones, digamos, políticas. Hicimos amistad. Tanto él como yo podíamos hablar en el idioma del continente por lo que nos entreteníamos como colegiales traviesos criticando y riéndonos de los monjes mayores. Yo lo hacía por seguirle algo el juego y porque no se sintiera solo y no me di cuenta del alcance de la travesura que generó, sin pretenderlo, molestias en el clima del convento.

Yuki hace un gesto de dolor al moverse ligeramente. Osamu se detiene.

—Sigue, sigue, por favor.—Le dice la muchacha.

—Yo en aquel momento, y aún hoy creo, era muy ingenuo. Semanas antes uno de los monjes destacados del monasterio, mano derecha del abad, un hombre mayor algo taciturno pero amable, me propuso algo que no entendí bien y que pasé por alto. Estaba yo cuidando de las caballerías del convento cuando me preguntó que si me gustaba el largo miembro de unos de los caballos que teníamos en la cuadra. Lo dejé pasar y pensé que era una tontería sin importancia. La verdad es que nunca me molestó aparte de ese comentario bobo. Las relaciones entre monjes no son normales pero tampoco es algo que nos extrañe. A mi amigo le cambió el carácter completamente pocos meses después de su llegada. Intenté averiguar qué le pasaba pero estaba cada vez más huraño. Poco antes de la tragedia que vivimos en el convento me dijo que me cuidara de ese monje. No comprendí en ese momento lo que quería decir, a pesar de mis preguntas, él no me aclaró lo que le pasaba aunque siempre sospeché que estaba siendo acosado por el monje. Hice mis averiguaciones más tarde y comprobé que era un familiar lejano del chico y que había hecho lo posible por que su padre lo ingresara.

Yuki mira atentamente a Osamu desde su lecho. Takara juguetea con el pecho desnudo de su madre.

—Durante unas semanas —continúa— estuve fuera del monasterio pues hice una peregrinación de verano con otros monjes. Cuando volví mi amigo estaba demacrado. Seguí intentando sin éxito enterarme de qué le pasaba

pero pocos días después el muchacho apareció ahorcado. Más tarde me enteré de que el monje lo amenazaba con denunciar a alguien de su familia si no accedía a sus deseos y asqueado no pudo resistir la presión. Ahí comenzaron los peores momentos de mi vida. Comenzaron las pesquisas sobre los motivos que habían llevado al joven a cometer semejante crimen sobre sí mismo. Era alguien importante y no se conformaron con llevar a cabo los ritos funerarios y dar el pésame, obviamente. Nos interrogaron uno a uno. Yo no dije nada de los hechos que te he comentado porque pensé que lo que sabía en esos momentos no iba a resolver el asunto, sino a enturbiarlo. A pesar de que el abad tenía una buena opinión de mí, la declaración del monje mayor en mi contra pesó más que cualquier otra cosa. Aunque no pudieron acusarme de homicidio pues era clarísimo que él se había suicidado, me obligaron a abandonar el convento. Mi tío no quiso saber nada de mí. Aparte de él, la única persona que conozco en estas tierras es una mujer de la aldea que fue mi aya durante la infancia. Ella me proporcionó el acceso a la cueva y desde entonces aquí estoy.

Yuki permanece en silencio.

—¿Todavía te sientes monje?—Pregunta tras un buen rato.

—Sí. Me han echado del convento pero no me pueden quitar los votos. Eso es algo que solo yo puedo devolver. Dos días más tarde Yuki cae en un profundo sopor. Hasta ese momento, aunque no le abandonaba la fiebre, te-

nía momentos de lucidez combinados con momentos de sueño. Pero Osamu se da cuenta de que ya no es sueño el que le invade.

Esa mañana no ha llegado a despertar ni a dar de comer a Takara. La ha tenido que alimentar con leche de cabra. La madre tiembla y suda. No responde a Osamu que intenta despertarla.

Con la niña en brazos se acerca al altar y comienza a recitar el sutra de Jizō. Ella lo mira y con su manita le toca la boca, jugando. A mediodía escucha un largo suspiro a sus espaldas y oye a Yuki decir claramente:

—Adiós, mi niña.

Osamu se levanta para constatar que Yuki yace con una sonrisa y los ojos abiertos. Parecería una escultura caída en el suelo de algunos de los templos del continente. Osamu solloza apretando contra su pecho a la pequeña.

Capítulo 3.

I— Mono

La señora Natsumi se hace cargo de Takara unas pocas semanas al año. Al principio era todo muy difícil, pero el vecindario ya se ha acostumbrado a ver de vez en cuando a la hija de su sobrino, como ella la ha presentado. Hikari, la única mujer de la aldea que sabe la verdad, en la que Natsumi tiene completa confianza disfruta jugando con la pequeña en los escasos días que pasan con ella. Osamu no se deja ver. Tras la triste pérdida de su madre en pleno invierno, decidió hacerse cargo de la bebé hasta la primavera. Una fría noche de marzo, dejó bien abrigada y segura a la pequeña que ya dormía casi de un tirón por las noches. Calculó su llegada para las primeras horas del alba a la aldea y dejó una nota bajo la puerta

de la casa de Natsumi. Ella, que le enseñó a leer cuando era su aya en el continente, recibió su extraña nota en donde le contaba los acontecimientos y la necesidad de saber si era seguro llevar a la niña. «Deja un trapo blanco colgado de la ventana de atrás de la casa si crees que es seguro, la ventana que se ve desde la linde del bosque. Volveré en quince días». Decía la nota.

Aunque Natsumi no encontraba motivos para temer por Osamu ni la niña, al principio eran muy reservados, de forma que con los años los aldeanos empezaron a pensar en «el extranjero» como alguien que no estaba vinculado con la presencia de la cría, que era la hija de un sobrino al que nadie conocía. La primera palabra que Osamu reconoce en el gorgoteo de Takara es «tata». A Osamu la hace gracia y con el tiempo ella se dirige a él así: Tata.

Takara es una niña alegre. Ha aprendido a jugar sola y a disfrutar de la compañía de los animales del corral. En verano Osamu la lleva a las altas montañas desde muy pequeña. Es una delicia ver a esa fierecilla salvaje corretear con los cabritos recién nacidos entre los pastos.

—¡Tata, ven!—Le llama.

Osamu no consigue llevar su rutina como siempre, estos son años de paciencia, de disfrute y de soledad perdida pues difícilmente puede volver a sentir la soledad que tanto añora. Los primeros meses fueron realmente difíciles pero poco a poco va acostumbrándose a su nueva situación y, aunque Natsumi nunca sube a la cueva, sabe que puede dejarla con ella algunas veces.

Takara tiene una colección de muñecas de madera nada común para una niña en la aldea. Osamu no quiere que juegue con otras niñas pero Natsumi no cumple con sus deseos y las niñas de los alrededores juegan con las muñecas que trae de las montañas. Y con el juego llegan las preguntas. Un día, cuando aún tenía tres años, volviendo de la aldea después de haber estado con Natsumi, pregunta Takara desde lo alto de la mula:

—Tata, ¿por qué yo no tengo mamá?

—Tú sí tienes mamá, pero tu mamá murió cuando naciste. A mí me pasó lo mismo. Todos los hombres y mujeres nacen de una mamá, pero algunos tenemos la mala suerte de no haberla conocido.—Contesta Osamu jadeando por la subida.

—¿Y tú conociste a mi mamá?

—Sí, claro, Takara. Claro que la conocí. Era la mujer más guapa que he visto en mi vida. Era valiente y alegre como tú.

Takara sonríe y mira a las montañas mientras con sus bracitos abraza a su muñeca.

—¿Y cómo se llamaba mi mamá?

—Se llamaba Yuki.

Cuando la nieve hace su presencia y las largas y oscuras tardes llenan de tedio a Takara, Osamu le cuenta relatos antiguos que van llenando su espíritu de historias que le hacen crecer. A Takara le encanta escuchar sus cuentos, como él dice.

—¿Quieres que te cuente un cuento, Takara?

—Sí, Tata.

La niña deja lo que tiene entre manos, pequeños cacharritos de madera tallados por Osamu, coge una muñeca y se sienta frente a él con los ojos atentos.

—Hace muuuchos muuuchos años, había un monje vagabundo que pasaba largas temporadas viajando de un lado a otro con su campanilla de mendicante. ¿Sabes qué es eso?

—No.

—Pues algunos monjes colocan en su bastón una campanilla para avisar a los aldeanos de su presencia. Entonces los aldeanos le llevan algo de comida. «Mendicante» quiere decir que pide para comer.

—¡Ah!

—Pues este monje llegó a un lugar con su bastón. Nadie salía de su casa a darle nada de comida. Él, que estaba hambriento, hacía por mover su bastón así para que sonara su campanilla. ¡Cling, cling, cling!

Takara se ríe con Osamu que le hace cosquillas en la barriga mientras imita el sonido.

—De la última choza de la aldea, una choza pobre y mugrienta, salió una anciana con un cuenco de arroz.

—¿Como Natsumi?—Pregunta Takara.

—No, mucho mucho más vieja.

—¡Ah!

—El monje comió, le dio las gracias a la anciana y le preguntó si había cerca alguna ermita donde pasar la noche. Ella, que estaba agradecida, le contó que en el bosque

había un templo abandonado al que nadie iba porque todos los que dormían allí salían espantados huyendo de un demonio que allí moraba.

Takara mira a Osamu con los ojos como platos, deja su muñeca en el suelo y se sube a su regazo.

—El monje era un hombre mayor y había recorrido mucho mundo por lo que ya no sentía miedo alguno. Le dijo a la anciana: «si oye el sonido de la gran campana del templo, venga a ver lo que pasa» y salió en dirección al bosque. La anciana en cuanto se fue, le contó todo a sus vecinas de la aldea y pronto todos los aldeanos se enteraron de la valentía del viejo monje mendicante. Cuando el monje llegó al templo solo se oía su campanilla que se agitaba a cada paso. Entró en una de sus habitaciones y después de meditar sentado y recitar los sutras en voz alta...

—¡Como tú, Tata!—Interrumpe Takara.

—Sí, como yo. Después de meditar sentado y recitar los sutras en voz alta, se echó a dormir sobre el tatami viejo con olor a moho. A mitad de la noche un gran alboroto le despertó. Una inmensa bola metálica agitaba brazos y pies haciendo un estruendo tremendo: «¡Eeeee!» Dijo el monje. «¿Quién eres tú y por qué me molestas?» «Yo soy la olla de té del templo. Esta es mi casa, ¿quién eres tú?» Respondió el demonio.

Takara se acurruca en brazos de Osamu.

—«Yo soy un monje». Respondió. Entonces, de pronto, todos los objetos abandonados del templo empezaron a

moverse e incluso algunos a saltar por los aires. La bola metálica repitió: «Yo soy la olla de té del templo. Esta es mi casa, ¿quién eres tú?» Y el monje volvió a responder: «Yo soy un monje». Entonces los dos se abalanzaron el uno sobre el otro y lucharon. El demonio con forma de olla se ponía rojo como el hierro en la fragua y el monje hacía salir agua de la punta de su bastón apagando el fuego. La olla empezaba a escupir vapor por su pitorro haciendo un ruido infernal y el monje apuntando al pitorro con su bastón convertía el vapor en una niebla dulce y suave, como la que despide el río en las mañanas de otoño. La olla se movía vertiginosamente dando vueltas y vueltas alrededor del monje atacándolo con diferentes artimañas, pero el monje siempre atento, siempre despierto, se defendía. Cuando comenzaba a amanecer escucharon el cantar del gallo en la distancia. La olla se hizo más pequeña y se escondió en el suelo, enterrándose debajo del altar. El monje reflexionó. Acudió a donde se encontraba la gran campana del templo y con un gran tronco suspendido por cadenas, la golpeó. El sonido profundo inundó el bosque y llegó a la aldea: ¡Gong, gong, goooooongggggg!

Takara se echa a reír por el modo en que Osamu acompaña los sonidos haciéndole cosquillas.

—Los aldeanos llegaron poco tiempo después. Como era de día, no vieron nada extraordinario. Solo un monje desgreñado en mitad de la sala. Él los llevó debajo del altar, en donde vieron en el suelo una olla metálica semiente-

rrada. Pasaron una cuerda entre sus cuatro asas y comenzaron a tirar. Primero tiró el monje y la anciana. ¡Nada! Después se sumaron dos aldeanos más. ¡Nada! Al cabo del rato toda la aldea estaba tirando de la cuerda cuando, ¡de repente! ¡Plaff! Todos cayeron al suelo, la olla voló por los aires y cayó sobre el tatami haciéndose pedazos y dejando tras de sí una lluvia de monedas de oro. Todos los aldeanos bailaban contentos pues sus penalidades se habían acabado. Pidieron al monje que se quedara en el templo como el nuevo abad. ¡Y colorín colorado...!

—¡Este cuento se ha acabado!—Respondió Takara.

Conforme iba creciendo, Osamu comprendía que Takara necesitaba el trato con otras personas y lo que al principio eran días con Natsumi se convirtieron en semanas. Y lo que eran preguntas más o menos inocentes se convirtieron en profundos anhelos de la pequeña que él no lograba abarcar del todo.

Las largas excursiones a la alta montaña del verano eran momentos muy alegres para ambos. Con ocho años Takara ya es capaz de recordar las noches estrelladas en los riscos, los truenos y rayos de las tormentas de verano, los días largos y cálidos, los baños en los lagos helados al pie de los ventisqueros. Cuando Osamu le cuenta que queda poco para ir unas semanas con las cabritas hacia las montañas, Takara comienza a dar saltos como un monillo.

—¡Nos vamos a las montañas! ¡Nos vamos a las montañas! ¡Nos vamos a las montañas!—Grita dándole un tono musical a la vez que agita los brazos y piernas.

—¿Pero qué te pasa, Takara? Cualquiera diría que no has ido nunca. Esta vez me tienes que ayudar con los quesos, —le dice— ahora que eres más mayor podrás quedarte un rato sola mientras yo bajo y subo. Así podré descargar los quesos que hagamos allá arriba.

—¿De verdad que voy a poder quedarme sola?— Pregunta.

—Sí, pero solo unas horas. No te dejaré sola por la noche allá arriba.

—¡Ah, bueno!;Nos vamos a las montañas!;Nos vamos a las montañas!

En la inmensidad del espacio que abarca la vista allá arriba, Takara mira hacia el valle. Acaban de comer y tomar un agradable té caliente. Los animales pastan tranquilos. Ambos permanecen serenamente en silencio, Osamu junto a Takara.

—Tata, ¿por qué tú no tienes mujer, como los hombres de la aldea?

Osamu sonríe.

—Porque soy un monje.

—Pero los monjes están en los monasterios y no tienen niños como tú.

—Yo no tengo niños. Yo soy tu tata, no tu papá. Eso ya te lo conté, ¿no?

—Sí. Pero no estás en un monasterio. ¿Eres como el monje del cuento? ¿Un monje «medicatre»?

—Mendicante, se dice mendicante.—Le corrige.

—Eso. ¿Eres un monje men-di-can-te?

—No. No soy mendicante, podría decir que soy un monje ermitaño que se ha encontrado un tesoro.

—¿Un tesoro? ¿Como el de la olla del té?

—Algo así. Un tesoro que habla, hace preguntas y... ¡tiene cosquillas en la barriga!—Le dice cogiéndola por la cintura y haciéndola reír.

La risa de Takara es limpia como las aguas que bajan por esas cumbres. Pero una y otra vez, a lo largo de las dulces tardes del verano en las montañas, Osamu se da cuenta de la necesidad que tiene la pequeña de conocer. La necesidad de tener una visión completa de su relato vital.

Las noches son maravillosas en las cumbres. El calor del día surge de las piedras. Tumbarse en el suelo mirando las estrellas es un espectáculo en las noches sin luna. Takara rompe el silencio:

—Tata, ¿me puede contar otra vez la historia de cómo llegué a la cueva?

—Claro, te la contaré con todo detalle. Mañana voy a bajar a la cueva y te vas a quedar gran parte del día con las cabritas mientras vuelvo. Ahora te voy a contar la historia punto por punto pero quiero que la guardes para ti. ¿Vale? ¿Serás capaz? No se la cuentes a nadie. Si mañana cuando vuelva tienes preguntas, te las responderé y también te voy a traer una cosa que te va a gustar mucho. ¿Vale? Pero ahora escucha y no digas nada. ¿Vale?

—Sí, Tata.

Osamu le cuenta todo sin dulcificar la historia. Hasta ese momento Takara había recibido versiones amables y dul-

ces de su procedencia. Osamu había evitado cualquier atisbo de crueldad en la narración de su pasado. Nunca había recurrido a la mentira, pero sí a pasar por alto la persecución, las heridas y demás. Esta noche Osamu le habla a Takara como casi a un adulto pues comprende que tarde o temprano todas esas preguntas pueden salir a la luz envueltas en rabia. Takara escucha atenta. A veces, con los ojos húmedos, vuelve la vista a Osamu, pero mantiene el silencio. Tras relatarle la muerte de su madre, le indica como él mismo la enterró y realizó los ritos funerarios; los primeros meses de su vida en la cueva y las dificultades por las que pasó. También le cuenta la primera vez que bajó a la aldea y el miedo que tenía a ser descubierto. El día que se enteraron de que el nuevo daimyō había tenido que devolver su autoridad al emperador lo recuerda Takara, pues ha pasado poco más de un año, que no puede evitar decir:

—¡Sí! Me acuerdo de la fiesta en casa de Natsumi.

—¡Schhhh!—Le dice Osamu.—Ahora todo es distinto. Ya no tengo miedo a ninguna represalia, y sé que otros tiempos mejores están por llegar. Pero guarda de todas formas estos detalles en tu corazón. Y ahora, a dormir.

Osamu la tapa con una gruesa capa. Se levanta, aviva un poco el fuego y se sirve un tazón de té. Una estrella fugaz atraviesa el cielo estrellado. Por su mente pasa un pensamiento fugaz. Osamu sonrío y toma una decisión.

—Esta niña debe vivir en la aldea.—Se dice para sí mismo.

II— Liebre

A sus más de sesenta años Natsumi se cansa fácilmente con la vitalidad de Takara. Aunque es una niña tranquila que sabe jugar sola y se entretiene con sus juguetes de madera y trapo, cuando sale a las calles de la aldea, rápidamente corre y saluda a todos con una vivacidad que continuamente le sorprende. Salta como una liebre de aquí para allá cantando a la menor oportunidad. Sus amigas le llaman Takara «nousagi», la liebre Takara, y los chicos de su edad compiten con ella a la carrera.

Osamu, desde que el gobierno del emperador ha tomado el control de la región, se siente más seguro y se deja ver por la aldea sin miedo. Tampoco le importa que le asocien con Takara. La verdad es que en la aldea nadie sabe muy bien dónde empieza el rumor y dónde la verdad, Natsumi y Osamu tampoco hacen nada por aclararlo, de forma que, oficialmente, Takara es la sobrina de Natsumi. Cuando algunas amigas de la pequeña le preguntan por su padre, ella, que está bien aleccionada, les dice que hace tiempo que marchó de la isla y no sabe dónde está.

—¿Pero «el extranjero» no es tu padre?—Pregunta insistente una vecinita.

—No. Es mi «tata».—Responde.

—¿Qué es eso?

—Así es como yo lo llamo.

Una noche de finales de verano Natsumi y Osamu toman el fresco en la parte trasera de la casa, desde donde se

ve el bosque y las montañas. Takara ya está dormida y la aldea comienza a descansar. El sonido de un cuclillo les reconforta. Suena tan claro y tan seguido que ambos se miran y sonríen.

—¿Qué piensas hacer con Takara?—Pregunta Natsumi.

—Estaba pensando en ver la manera de dejarla aquí contigo, Natsumi. La niña ya no tiene edad de estar todo el año en las montañas. Ella se lo pasa bien allá arriba pero necesita ir a la escuela. Yo ya no puedo enseñarle más de lo que sé.

—¿A la escuela? ¿Cómo es que te muestras tan moderno siendo, como eres, un monje ermitaño?

—Estoy pensando en su madre, en lo que ella querría para Takara. Es una niña inteligente...

—Desde luego, —le interrumpe Natsumi— en eso tienes razón.

—El karma ha ligado mi vida a la suya, pero ella tiene que tener sus propios recursos. Necesita estudiar.

Natsumi se pone seria. Agacha la cabeza avergonzada, como si no se atreviera a decir lo que tiene que decir.

—Quizás podrías intentar localizar a algún familiar lejano, Osamu.

—¡Eso ni hablar! —Responde algo enfadado— ¿Sabes lo que significaría eso? ¡Se acabaría nuestra relación y la encerrarían en un mundo rígido y peligroso! ¡Ni se te ocurra decirlo!

—De acuerdo, lo entiendo. Pero para ingresar en la escuela necesita documentos. No es lo mismo lo que

le contemos a las vecinas de la aldea que el ingreso oficial en la escuela. Esa niña no tiene registro ni documento alguno. Tendrás que reconocerla como propia o...no sé, no sé realmente cómo resolverlo. Y luego está el asunto de su manutención, ¿de dónde vas a sacar el dinero?

—De eso me encargo yo. Puedo traerte todo lo que produzca para hacerme cargo de sus gastos.—Responde Natsumi.

—Mira, Osamu, aunque ya eres un hombre, sigues siendo mi niño desde que te conocí. Te quiero casi como a un hijo, pero tengo que decirte que yo no me puedo hacer cargo de todo eso y de la niña. Necesito ayuda. ¿No podrías venirte a vivir aquí?

Osamu se siente en una encrucijada. Sabe que ir a la aldea las haría felices y facilitaría todo el proceso para Takara, pero perdería aún más su soledad y su vida en la cueva.

—Lo voy a pensar. —Responde.— Mañana tengo que salir temprano para cuidar a los animales, pero antes de irme te daré mi respuesta.

—Hay un huerto abandonado que me pertenece. Está justo en la linde del bosque. Perteneció a mi familia pero lleva ya muchos años en barbecho. Podrías hacerte allí una cabaña, así mantendrías algo de tu vida en soledad. ¿Quieres que vayamos mañana a verlo? Está de camino a las montañas.

—No quiero hacerte levantar tan temprano, Natsumi.

—Seré yo la que te despierte, hijo, como tantas veces.—
Le sonrío.

—¡Déjame, Tata!; Por favor! Van a ir todas las niñas de la escuela, vamos con la maestra y solo van a ser tres días. ¡Tata, por favor, por favor!—Takara, le acaricia la cara, zalamera, a Osamu.

—Es peligrosa la ciudad. No quisiera que ...

—No le va a pasar nada, hombre, —intercede Natsumi— es un viaje organizado por el reciente Ministerio de Educación. Está pagado por el gobierno, la niña no tiene que poner nada. Es una oportunidad.

—¿A ti te parece bien que una señorita de once años viaje sin sus mayores, sola a la ciudad? —Le pregunta a Natsumi.— No. No lo veo claro.

—Habla mañana con la maestra, al menos, por favor, Tata. Habla con ella por lo menos, ¿no? Si ella no te convence no volveré a decir ni una palabra.—Negocia Takara.

Osamu es un hombre razonable, le parece que la propuesta de Takara es aceptable:

—¡Esta bien! Mañana te acompañaré a la escuela y hablaré con ella.

Es la primera vez que Osamu se acerca a la escuela. Hasta ese momento Natsumi se ha hecho cargo de todas las obligaciones de una madre, sin serlo. Osamu no sabe bien qué vestir. Su ropa diaria es un amasijo de remiendos y la túnica que viste para sentarse a meditar no es

apropiada para ir a la escuela. Natsumi, que se da cuenta de su preocupación, le dice a Osamu:

—Voy a ver si Hikari guarda aún alguna ropa de su marido.

Al cabo del rato vuelve con Hikari, trae unas prendas algo pasadas de moda pero perfectas para él. Cuando se viste con ellas se presenta ante las señoras y Hikari no puede evitar las lágrimas. Osamu se avergüenza y postrándose en el suelo ante la señora se aturulla diciendo:

—No pensaba que pudiera molestarle, le pido disculpas. Ahora mismo le devuelvo la ropa.

—¡No, no! ¡Por favor, no! ¡Soy yo la que debe disculparse por mis tontas lágrimas! Es que la memoria, ¿sabe? Trae consigo ese extraña mezcla de felicidad y tristeza que... Takara, que aparece en ese momento en la estancia, se queda asombrada ante la escena:

—¡Tata! ¡Qué guapo! ¡Sabes que la maestra es soltera?

Osamu vuelve la cabeza hacia Takara:

—¡¿Pero, serás descarada?! ¡Ven aquí! —Y sale corriendo detrás de ella divertido, aunque difícilmente llega a cogerla pues se pierde entre las calles de la aldea.

— — —

La escuela es un edificio bastante sencillo que recoge a los treinta niños de la aldea y sus alrededores. Tiene solo dos habitaciones y dos amplios espacios libres por delante y por detrás. En el primer grupo se encuentran los niños entre seis y diez años, mientras que los demás, hasta los catorce están en el segundo. Dos mujeres de

unos cuarenta años regentan la institución que está avallada por el nuevo gobierno. La maestra de Takara es seria. Osamu, alejado como ha estado de las relaciones con personas desconocidas todos esos años, se siente algo incómodo pues no sabe cómo dirigirse a ella.

—Buenos días, —le aborda la maestra— usted es el famoso «Tata» de Takara. Encantada de conocerlo.

—Buenos días, señora. —Responde algo distante y pregunta:— ¿Qué le contó Takara de mí para que me llame «famoso»?

—Takara sabe leer y escribir mejor que ningún otro niño de la escuela. Conoce las constelaciones, sabe de animales y plantas, sabe sumar, restar, multiplicar y dividir, conoce algunos sutras, en fin, que es una de nuestras mejores alumnas y, según ella cuenta, —dice esto acariciando la cabeza de la niña que aún está agarrada a la mano de Osamu— todo se lo ha enseñado su «Tata» y ella está muy orgullosa de ello.

—Exagera. —Osamu le quita importancia. Takara sabe que con sus halagos la maestra ha recorrido ya la mitad del camino y los mira a los dos algo ansiosa pero alegre. —¿Qué le trae por aquí señor Koizumi?—Pregunta la maestra.

Osamu se queda extrañado. Es la primera vez que escucha ese nombre de familia dirigiéndose a él. Cuando registraron a Takara en la escuela tuvieron que ponerse de acuerdo con el jefe de la aldea, que es el que lleva el registro de nacimientos. Sin desvelar el verdadero origen

de Takara, inventaron una historia plausible que disimulara la situación. De esa forma Takara es legalmente hija adoptiva de Koizumi Osamu, pues la costumbre aquí es anteponer el nombre familiar al propio. Un nombre familiar que no se corresponde con el suyo que ha preferido dejar en el anonimato. Al elegir ese nombre, poco común en esas tierras, evita preguntas innecesarias.

—Estoy preocupado por el viaje a la ciudad, señora. Creo que es pequeña para viajar sola, sin sus familiares.

—Bueno, sola no iría. Vamos las dos maestras, el jefe de la aldea, los conductores de los carros y veinte de los treinta niños de la escuela, los que tienen más de nueve años, por supuesto, siempre con la autorización de sus padres. Además no tenemos inconveniente en aceptarlo a usted, si así lo desea.

—No, no, muchas gracias.—Osamu no tiene interés ninguno en recorrer de nuevo las calles de la ciudad y mucho menos en reconocer a alguien del templo.—Bueno, bien, ¡está bien!—Y dirigiéndose a Takara, le dice.—Vale, puedes ir.

La chiquilla empieza a dar saltos de alegría, se cuelga del cuello de Osamu y le da unos cuantos besos sonoros que le avergüenzan, pero él, incapaz de reñirle, se despide torpemente mientras la maestra, a pesar de su seriedad, no consigue reprimir su risa.

— — —

La cabaña de Osamu es la última construcción de la aldea. Pegada a la linde del bosque, que se sitúa en

dirección norte, está algo protegida de los fríos vientos del invierno y resulta bastante fresca en verano. Está algo levantada del suelo para separarla de animales y, sobre todo, de la humedad. Tres escalones de piedra dan un acceso limpio a la galería que se extiende por delante de la entrada. Osamu, que no sabe vivir sin animales, ha dispuesto un amplio corral con su cobertizo en donde cría una buena decena de cabritas. El huerto de Natsumi, ya arreglado y puesto en faena, les permite vivir con cierta holgura aunque sin lujos. Osamu también ha perfeccionado la curación de sus quesos que aún lleva a la cueva en las montañas. A veces pide a su hija que se haga cargo del cuidado de los animales bajo la supervisión de Natsumi, cosa que le permite pasar algunas noches en la cueva.

Takara ha hecho varias amistades en la escuela, pero el viaje a la ciudad le ha proporcionado una amistad especial. Todas las mañanas, cuando se dirige a la escuela le espera en el camino Ichiro, el primer y único hijo del jefe de la aldea. Ichiro es dos años menor que Takara, pero tiene el cuerpo de un hombre ya, con nueve años. Takara se siente a gusto con su compañía, aunque ha levantado envidias entre algunas amigas.

Cuando Takara volvió de la ciudad llegó encantada con una idea que tuvo allí y que enseguida compartió con su maestra:

—¿Sabes, Tata? En la ciudad hay una biblioteca en la que puedes entrar y pedir un libro para leerlo. Las personas que van a leer tienen una tarjeta en donde apuntan los libros que leen y eso. Y yo le he preguntado a la maestra si podemos hacer lo mismo en la aldea. La maestra me ha dicho que en algunos pueblos más grandes ya hay escuelas que tienen también sus bibliotecas. ¿Podrías dejar tus libros para la biblioteca de nuestra escuela?

—Uf, Takara, esos libros me los hice yo mismo. Están escritos a mano por mí. No sé si será adecuado que se queden en la biblioteca de la escuela.

—¿Los escribiste tú? ¿Pero no me dijiste que eran sutras antiguos?—Pregunta asombrada.

—Los copié, quiero decir. —Osamu se ríe.— Vamos, que los copié de mi puño y letra cuando estaba en el convento.

—¿Por qué nunca me has contado cómo es que te fuiste del convento y no has vuelto, Tata?

—Cuando seas aún más mayor te lo contaré. Es una historia triste que no merece mucha atención. ¿Dónde quieres que esté la biblioteca? ¿En la escuela?—Pregunta Osamu para distraer la atención.

—La maestra dice que debe estar en el aula de los mayores.

—Pues dile a la maestra que nosotros vamos a donar una cantidad para comprar los primeros ejemplares y que uno de ellos debe ser el Shōbōgenzō en sesenta capítulos. ¿Te sabría decir ella cuánto cuesta impreso?

—Mañana se lo pregunto.—Takara se siente orgullosa al saber que Osamu está dispuesto a ayudarla en su idea.

—Tata, la maestra me ha pedido que vengas mañana. Quiere hablarte de la biblioteca.

Natsumi, que no pierde punta, sonríe por lo bajo. Osamu la mira:

—No sé en qué estás pensando con esas risas.

—En nada, hijo. En nada. Me hace gracia que ahora vayas a ser bibliotecario.

—Veremos en queda todo esto. Ahora dicen que es más fácil y más barato que nunca comprar libros, y quiero estar al tanto de qué cosas lee mi hija. Tengo una lista pensada, pero claro, tienen que ser obras que sean de interés para la escuela y de esas conozco pocas.

Con el trato y su implicación en la biblioteca Osamu hace amistad con Yasui, la maestra de Takara. Ninguno de los dos van más allá de una conversación amistosa y la colaboración en el desarrollo de la incipiente biblioteca de la escuela.

Tres años después Takara termina sus estudios en la escuela de la aldea con una mención especial del ministerio. Las maestras y el jefe de la aldea hablan con Natsumi y Osamu que han ido a recoger su diploma:

— Koizumi Takara es una niña muy inteligente. Quisiéramos entregarle —dice la maestra sosteniendo con ambas manos un gran sobre del que cuelga una cinta azul

intenso— un diploma que no solo acredita su paso por la escuela sino que además le vale como ingreso en la escuela superior de secundaria de la ciudad.

Con las debidas reverencias y formalidades Osamu recoge el documento. El jefe de la aldea añade:

—Señor Koizumi, en nombre de la aldea queremos agradecer el impulso tan importante que ha supuesto su contribución a la biblioteca. Nunca hubiéramos imaginado que aquel ermitaño al que hace años llamábamos “el extranjero” pudiera contribuir de este modo a la mejora de la educación en nuestra aldea. Los miembros de esta pequeña comunidad de aldeanos le pedimos disculpas por el dolor que hayamos causado a usted y su familia.

Acompaña sus palabras con un gesto de arrepentimiento y numerosas reverencias.

—Señor Matsuro, por favor, ¡levántese! Nunca me he sentido ofendido con ustedes. He comprendido que realmente, aunque no soy extranjero, lo era para ustedes. Estas montañas son su mejor regalo. Me han permitido estar aquí todos estos años, casi veinte ya. Ya no me pueden llamar “extranjero” ¿no?—Osamu se ríe acompañando por las maestras y Natsumi.— Aunque es lógico que aún me sigan llamando “forastero”.—Y vuelve a reír.—La que no debe ser considerada forastera es Takara. Ella es de aquí, de estas montañas. El zumo de los pastos de las altas cumbres corre por sus venas. El agua de sus torrentes forma parte de ella. Takara es de los vuestros y la

forma tan amable con que estos años en la aldea la han tratado lo atestigua.—Y termina con una reverencia.

Capítulo 4.

I— Tigre

—¿Qué vas a hacer ahora?—Pregunta Yasui a Osamu.

—¿Te refieres a Takara?

—Sí, claro. Ya sabes que tiene un puesto concedido en la escuela secundaria de chicas en la ciudad y eso incluye, en su caso, el alojamiento y todos sus gastos.

—No me queda más remedio que decir que sí, Yasui. Si le digo que no, la tendré aquí conmigo y la perderé. Si le digo que sí, tendré que dejarla ir pero siempre estaré en su corazón.

Caminan en dirección a su cabaña, los primeros días del verano son preciosos en la aldea, los rosales silvestres y los lirios llenan el aire con su aroma.

—Es curioso, —continúa Osamu— cuando llegué aquí era un monje despechado por las circunstancias, veinte años después soy una especie de padre de familia preocupado por el futuro de una chiquilla brillante.

—¿Ya no te consideras un monje?

—No sé bien lo que soy. Vivo, casi, como un monje. Pero las circunstancias que he vivido me han llevado a otro lugar. ¿Tengo suficiente fuerza para oponerme al karma?

—¿No has vuelto a ir ni una sola vez a tu monasterio en estos años?—Yasui pregunta con cierta inocencia, pero sabe que es un tema delicado y mira al suelo, dejando que Osamu se sienta cómodo y libre para responder.

—No.

—¿Me invitas a un té en la galería de tu cabaña?—Yasui comete un atrevimiento poco común. Estos últimos años han cultivado una amistad que va más allá de la formalidad, pero es la primera vez que se atreve a algo así.

—Claro, claro, vamos.

La galería se asoma a la aldea. Un cerco de nogales y algunos frutales del huerto dan una cierta intimidad. Sobre una gran piedra hay unas brasas donde Osamu calienta el agua.

—Déjame, por favor, yo lo preparo.—Le pide Yasui.

Osamu se sienta y la ve preparar el té. Yasui no es una mujer hermosa. Lleva unas gafas que le hacen los ojos aún más pequeños de lo que los tiene. Suele fruncir el ceño, como si estuviera algo enfadada aunque los que la conocen saben que es un gesto normal en ella. Sobre

una mesa baja hay un cuenco, el batidor, una pequeña cuchara y un tarrito con el polvo del té. Ni Osamu ni Yasui pretenden emular ceremonia alguna, pero sin pretenderlo lo hacen, en un estilo simple y amistoso. En silencio se desenvuelve con soltura, con movimientos ágiles y naturales. Osamu bebe el té que le sirve, apoya el cuenco en la mesa. Yasui vuelve a servirle. Osamu se inclina levemente y coloca su mano sobre el borde del cuenco mientras sonrío. Yasui se sienta a su lado y coge el cuenco bebiendo por el lado opuesto a Osamu.

—¿Cuándo llegaste aquí?—Rompe Osamu el silencio.

—Hace diez años, cuando se puso en marcha la escuela. Los primeros años fueron difíciles. Teníamos en contra al anterior jefe de la aldea, ¿lo recuerdas?

—Sí, era un hombre rudo, anticuado y muy bebedor.—
Recuerda Osamu.

—Los primeros meses tuvimos que ser acompañadas por algunos miembros del ministerio, venidos de la ciudad.

—¿Tú eres de allí?

—¡No, qué va!—Yasui se ríe. Coloca su mano en vertical delante de la boca. Enseguida frunce de nuevo el ceño y sigue hablando.—Nací lejos de aquí en la isla grande. Mi padre es funcionario del emperador y ocupa un puesto importante en la ciudad. Pero yo siempre quise vivir en el campo. Me crié con mi abuela y en cuanto tuve oportunidad busqué un lugar donde poder vivir cerca de la naturaleza. No me gusta el ruido y el ajeteo de la ciudad. El olor a los animales llega con la brisa. Osamu sonrío.

—Entonces no debe molestarte el olor de mis cabritas.
—Así de lejos no me molesta. —Sonríe.—Y los quesos que haces me parecen deliciosos. ¿De dónde has sacado la receta? No son nada comunes por aquí.

—De pequeño viví en el continente. Mi padre conoció allí a mi madre y a varios europeos que le enseñaron a hacer este tipo de queso. Cuando era pequeño Natsumi entró al servicio de mi padre. En aquella época éramos ricos. Ella aprendió algunas de las recetas y me las enseñó a mí. Mi padre tenía un pequeño negocio pero las tensiones políticas le obligaron a salir de allí. Cuando llegué aquí Natsumi me aconsejó aprovechar la cueva para hacer queso.—Yasui se queda en silencio. Al momento pregunta:

—¿Bajarás a la ciudad a visitar a Takara?

—¡Qué remedio! El karma nos empuja a todos de un lado a otro. La acompañaré a la ciudad, sí. Tendré que ver dónde se aloja y dónde estudia. Pero estaré allí lo justo para asegurarme de que todo está en orden, un poco antes de que acabe el verano. ¿Querrás acompañarme?

Yasui se lleva una sorpresa tan grande con esa pregunta que sin darse cuenta derrama el té sobre las piernas de Osamu.

—¡Perdón, disculpa, qué torpe!—Se dice a sí misma.

—No tiene importancia, es agua, déjalo.

—No, no, cámbiate y me llevo tu ropa para lavarla.

—Eso sería demasiado. Bastante van a hablar de nosotros como para que además te lleves mi ropa a casa.—Osamu

se ríe.—No pasa nada, no te preocupes. No ha sido para tanto.

A lo lejos, se acercan por el camino, bordeando la huerta, Takara y Natsumi. Le acompañan un hombre vestido a la occidental. Por su forma de andar se nota que no está acostumbrado a moverse por el campo. Cuando se acerca a la cabaña ambos observan que es algo mayor, casi calvo, con un estrecho bigote, gafas con una montura metálica y un pañuelo en sus manos que no abandona con el que se seca el abundante sudor que corre por su rostro. El cuello blanco de su camisa se clava en su garganta. De sonrisa fácil, habla como si pidiera disculpas. Natsumi se adelanta:

—Osamu este señor pregunta por ti.

Yasui hace el gesto de marcharse pero Osamu la retiene:

—Por favor, quédate.—Volviéndose al recién llegado hace una pequeña inclinación y le ofrece asiento.—Siéntese, por favor.

Se dirige a Takara y Natsumi:

—¿Podéis traer algo fresco? Creo que el señor...

—Ichibari Kaku, señor.

—El señor Ichibari necesita algo de agua fresca.

—Gracias.—Dice tras beber con ganas.

—El agua de aquí es espléndida.—Señala Osamu.—Cuénteme que desea, puede hablar libremente, son mi familia.

Natsumi mira a Yasui que baja su mirada al suelo con el corazón orgulloso.

—El Ministerio de Educación del gobierno de su Majestad quiere que las galardonadas para acudir a la Escuela Superior de Secundaria tengan no solo el reconocimiento que se merecen, sino el apoyo decidido tanto económico como personal. De toda la isla solo han sido seleccionadas diez muchachas y ochenta muchachos. — Sacando un sobre de la gruesa cartera negra que trae bajo su brazo, prosigue— Aquí tiene un adelanto para los gastos necesarios. Dos semanas antes del fin del verano deberá presentarse a la residencia en donde se alojará. Deberá ir vestida con el uniforme correcto con todas las indicaciones que se encuentran en dicho sobre. La cantidad que se incluye ahí es suficiente para esos primeros gastos. Es deseo expreso del ministerio que, con el fin de que ninguna niña se sienta extraña por diferencias de ropa o riqueza, todas tengan exactamente el mismo material por lo que cualquier prenda o elemento que no se incluya en la lista que se le indica estará prohibida en la residencia.

—Será un honor que mi hija cumpla con los deseos del gobierno del emperador.—Responde Osamu.

Takara no cabe en sí de alegría. Queda gran parte del verano por delante. Osamu le insiste en que debe ayudarle en esas semanas antes de su partida, pero ella está muy cambiada, distinta, como si estuviera adelantando el hecho irremediable de que ya nunca más va a volver a ser esa pequeña chiquilla de los altos pastos de las mon-

tañas. A sus quince años, Takara es como un trigrecilla que comienza sus correrías en solitario. Insiste en ir a la cueva ella sola a hacerle los recados a Osamu, pero su Tata no le deja. El verano se le hace extremadamente largo. Osamu pasa cada vez menos tiempo solo y más con Yasui. Cuando el calor se hace más presente, Yasui le propone a Osamu dirigirse todos a las montañas y pasar unas semanas como él hacía con Takara.

Osamu prepara la subida buscando añadir algo más de comodidad a la usual frugalidad con la que vive arriba, pensando en hacerle más llevadera la estancia a Yasui.

A espaldas de Osamu, Natsumi habla con Yasui:

—Hace tiempo que he quiero hablarte y no he encontrado el momento.—La aborda.

—Ya sé qué me quieres decir, Natsumi.

—Bueno, no sé qué te imaginas.—Responde Natsumi.

—Pues imagino que quieres decirme que no está bien que vaya con Osamu unas semanas a las montañas siendo solteros los dos.

—Algo así, sí. La que sale perdiendo eres tú. ¿Sabes qué dirían tus padres si se enteran? ¿Y en la aldea? ¿Dejarán que sus hijos estén con una maestra que va sola con hombres a las montañas?

—Dicho así parece fatal, desde luego.—Dice Yasui con una sonrisa.

—Tu sabes que las habladurías no son agradables y lo pervierten todo. Osamu, aunque ahora esté rehabilitado, por decirlo así, en la aldea, sigue siendo un forastero y

tú, espero no molestarte con mi sinceridad, ante los aldeanos eres una señora estirada venida de la ciudad que busca salir del aburrimiento en la escuela. Aquí, entre estas chozas, hay mucha miseria. La gente se va a la ciudad a buscar trabajo. Ya nadie quiere ir a las montañas. Vuestro viaje no se ve con buenos ojos.

—Vamos con Takara, ¿no crees que eso es suficiente para callar las habladurías? ¿Tú nos acompañarías, por favor? Natsumi declina la invitación.

—He cumplido ya setenta y solo sería un estorbo para vosotros, ya se lo dije a Osamu. Pero quizás, si él invitara a Ichiro, el hijo del jefe de la aldea, las cosas serían algo distintas.

—¿Podrías hablar con Osamu, por favor? Yo voy como invitada, no debo ser la que se lo proponga.

Bajo la excusa de necesitar ayuda con el traslado del ganado, Osamu ha contratado los servicios de Matsuro Ichiro, el joven grandote y tranquilo que está encantado de pasar unas semanas en las altas montañas con su amiga Takara. Ichiro no es brillante en la escuela. Su padre sabe que de él no va a poder sacar fácilmente un estudiante de la escuela superior. Takara e Ichiro se sienten cómodos juntos. Él con ese carácter lento y bonachón, contrasta con la rapidez y el entusiasmo vital de la chiquilla.

Las condiciones económicas en la aldea son difíciles. Los cambios sociales que suponen el nuevo gobierno

del emperador han proporcionado un gran empuje a las ciudades y la industria, pero ha deteriorado enormemente la vida rural. El jefe de la aldea que en tiempos anteriores era un personaje fundamental en la vida económica y social del lugar, ahora no pasa de ser un personaje de referencia que ni siquiera tienen el papel de funcionario.

Osamu tiene fama en la aldea de ser rico. Lo que no saben los aldeanos es que su riqueza, que no es mucha, está basada en su extrema frugalidad. La vida en la cueva y la venta de sus productos ha sido fundamental para ahorrar un poco. Sus ahorros, que pensaba dedicar por entero a la formación de Takara, le han permitido apoyar a la escuela y, sin pretenderlo, todo lo que ha gastado va ha ser devuelto en la beca para la pequeña.

En el corto viaje a la cueva son acompañados por el señor Matsuro que se ha ofrecido gustoso. Se siente orgulloso de su hijo y quiere ver con sus propios ojos cómo se desenvuelve con los animales.

—Nunca llegué hasta aquí arriba, —dice mientras toma un té dentro de la cueva.

Yasui y Takara preparan el té y sirven algo de comer a los hombres. Ichiro se encarga de dejar las cabras en el corral y atender a las dos bestias.

—Tengo que confesarte que yo era unos de esos que, en ocasiones, pasábamos por abajo pegándote gritos y silbidos en los primeros años que llegaste.—Continúa. En su grueso rostro aparece una mezcla de sonrisa y apuro.

—Ha pasado mucho desde entonces. Yo tendría unos veinticinco y tú, ¿dieciocho?—Responde Osamu.

—Más o menos. Mi padre era un hombre de otra época. Él se sentía un siervo, sus lealtades eran otras. Recelaba de todo lo nuevo y de todo lo extraño, pero siempre quería lo mejor para los suyos. Cuando cayó el daimyō y llegaron los soldados se sumió en una tristeza profunda de la que no volvió a salir.

Takara sigue la conversación desde un segundo plano, aunque lo disimula, está muy atenta. Ichiro entra en la cueva preguntando:

—¿Quieres dar un paseo? ¿Me enseñas el lugar?

—¡Ve, anda, ve con Ichiro y llévale a ver el torrente!—Le anima Osamu.

Takara se va sin muchas ganas, porque prefiere seguir escuchando aquellas historias del pasado reciente, historias que se refieren a su llegada a la vida.

Tras las dulces semanas en las montañas, que han sido de trabajo duro, de noches claras y sueños amables, Takara se despide de su amigo. Ajena a lo que Ichiro siente por ella, lo ha tratado como a un hermano pequeño. El muchacho no se ha atrevido a ir más allá del juego inocente, de la lectura de algunos libros en común, del trabajo codo con codo junto a Osamu. Sabe que su mundo aldeano, el que ahora comparten y que forma su paisaje común, va a ser en pocos años una anécdota para ella.

Cuando, acompañada por Yasui y Osamu, Takara se va a subir al carro que los lleva a la ciudad, Ichiro le pide un momento. Ha aprendido a hacer algunas tallas gracias a las lecciones de Osamu en las montañas. Ha hecho una cajita con un pequeño loto tallado en la tapa. La cajita es simple pero de buena factura y tiene un ingenioso pasador de madera que la cierra. Con una inclinación Ichiro le entrega la caja con ambas manos:

—Dentro hay una nota. No la abras ahora, por favor. Cuando llegues a la ciudad, si quieres.

Takara observa como unas gruesas lágrimas corren por sus mejillas y se da cuenta de todo lo que él no se ha atrevido a decir.

—Muchas gracias. Te escribiré.—Y rompiendo todas las reglas y expectativas de Ichiro, Takara se acerca al muchacho y lo abraza.

II— Gallo

Todo está lleno de novedades en la vida de Takara. Los primeros días después de su ingreso en la residencia de jóvenes y antes del comienzo de las clases, Takara se dedica a aprender las infinitas reglas que sostienen la disciplina. El poco conocimiento que tiene del modo de vida occidental se lo han transmitido los libros, pero para su sorpresa, la vida en la residencia tiene una poderosa influencia de los modos burgueses de los prósperos y colonialistas países occidentales. Empezando por la in-

documentaria, continuando por las extrañas reglas de cortesía que se imponen en su cotidianidad y terminando por el uso continuo del inglés como lengua obligatoria en algunas disciplinas.

Aunque no hay nadie más de la aldea, en seguida empieza a hacerse amiga de chicas como ella. Con sus conversaciones y los paseos por la ciudad, va formándose una idea de lo que le espera en los próximos años. No todas las residentes son becadas por el gobierno. De hecho ella es una excepción y continuamente las profesoras se encargan de recordarle su condición de becaria, hecho que a ella le disgusta profundamente.

Comparte el pequeño cuarto en donde duerme con otra residente. Ella y otra compañera del primer curso. Durante el día la habitación sirve como lugar de estudio y descanso, al llegar el momento de acostarse los dos futones ocupan el centro de la estancia. Todas las habitaciones se sitúan en una planta a la que se accede por una amplia escalera y dan a una galería con un patio central. Las dependencias de la planta baja son de uso común. Takara es la primera vez que utiliza la ducha de un baño a la occidental, pues en la aldea y en las montañas usa el torrente o una palangana para bañarse. La variedad de gestos, detalles y palabras nuevas no solo es una sorpresa para ella sino para otras muchas alumnas. Sin embargo, las alumnas de la propia ciudad o de procedencia noble, sí han disfrutado de estas novedades. En poco tiempo, a pesar de las intenciones de trato igualitario de

las profesoras, empiezan a delinarse la procedencia de cada una de las chicas.

Pocos días después de su acomodo y de la partida de Osamu y Natsumi, Takara abre la cajita regalo de Ichiro. Formando un sobre, una hoja plegada de papel de arroz contiene una nota con una caligrafía torpe:

«Amiga Takara, no soy hábil en escribir ni en decir con palabras lo que siento. He estado tentado de buscar en algún libro de la biblioteca un poema con el que deslumbrarte pero no quiero poner por escrito lo que no ha salido de mi mano. Sé que va a ser muy difícil que podamos vernos con frecuencia. También sé que cuando puedas venir a la aldea (o quizás ir yo de visita a la ciudad) no tendré fácil verte.

Aunque estudiaré un año más, no quiero seguir más adelante. Tú vas a empezar a aprender muchas cosas que yo desconozco y yo me dedicaré a cultivar la tierra y -con suerte- ayudar a Osamu con los animales. En pocos meses tú serás una señorita estudiosa además de inteligente, que ya lo eres, y yo seguiré siendo el patán de siempre. Quiero que sepas que, si me escribes, te responderé y que mientras me escribas, será para mí la señal de que puedo responderte y esperarte. No me he atrevido a escribir otra cosa que «amiga», pero ya sabes.

*Me acordaré mucho de ti, de nuestras charlas
juntos en las montañas, de lo que te gustan los
animales y las estrellas.*

*Tuyo,
Ichiro»*

—¿Qué es eso?—Le pregunta su compañera de habitación.

—Nada,—dice guardando la carta entre sus cosas— una carta de una amiga de la escuela que aún no ha acabado.

—¿Echas de menos tu familia?

—Aún no. No me ha dado tiempo.—Contesta sonriendo.

—Pues yo ya tengo ganas de volver. Todo esto me aburre. Takara no la entiende. ¿Cómo va a estar aburrida si todavía no ha empezado el curso?

—¿Eres de esta ciudad, Izumi?

—Sí, ¿se nota mucho?—Se pavonea orgullosa.

—Está claro que para ti estar aquí no es emocionante como para mí. ¿Y se nota mucho mi acento de campesina?

—Algo, pero a mí me gusta como suena. No soy como esos estirados de mis primos que se ríen de lo que ellos llaman «catetos de montaña». Tu acento tiene un aire antiguo que me agrada, me recuerda la forma de hablar de mi abuela, el cómo estiraba las palabras.—Izumi mira al techo soñadora,

Takara e Izumi poco a poco se van conociendo y haciéndose amigas. Proceden de entornos opuestos pero las emociones que despiertan los relatos de la una en la otra son similares. La familia de Izumi tiene ascendencia samurai.

Tras la caída del anterior régimen, sus abuelos paternos se instalaron como funcionarios en la capital. Su padre se casó con una joven de la oligarquía local. Cuando nació Izumi su padre y su madre se separaron. Mantuvieron las apariencias de ser una familia, pero de hecho no volvieron a convivir. Izumi creció gracias a los cuidados de su madre y su abuela paterna que, consciente de la situación y en contra de sus propias costumbres y convicciones, se puso de parte de su nuera y su nieta. Cuando la abuela falleció, ella tenía ya doce años. La madre, cada vez más aislada y triste, entró en una depresión profunda por lo que decidieron llevar a Izumi a un internado. En el internado de la escuela primaria Izumi destacó por sus resultados y dedicación. La madre, ya completamente ausente de su vida, permanecía en silencio y casi a oscuras en una habitación. Su padre, ese hombre, para Izumi distante y engreído, decidió llevarla a la Escuela Superior de Secundaria recién creada por el gobierno.

—Pues no será tan mal hombre tu padre cuando te está costeando tus estudios y tu estancia aquí.—Le señala Takara.

—No creo que sea un mal hombre. No. Es un amargado. Es un hombre solitario y triste. ¿Y tu padre?

Takara le cuenta sin demasiado detalle quién es Osamu y su vida en la aldea. Izumi se entusiasma con la detallada descripción que hace Takara de las montañas, de las noches estrelladas y los prístinos torrentes que bajan de ellas.

—Se nota que te gustan mucho tus montañas. Incluso más que a mí las revistas de moda de mi madre.— Izumi se ríe.

—¿Revistas de moda? ¿De Europa?

—¡Sí! ¿Quieres ver una?

Izumi enseña orgullosa una revista a Takara. Ambas se ríen de los extraños trajes tan apretados y llenos de lazos.

—¿Tu madre viste así?—Pregunta Takara.

—Algunas veces se vestía al modo europeo. Pero ya hace mucho que no sale para nada y se mantiene con una sencilla bata de casa. Mi padre sí viste como uno de estos caballeros. ¡Mira!—Dice señalando una de las ilustraciones grabadas. Aunque en la revista solo se muestran vestidos, sombreros y peinados femeninos, en una de las ilustraciones de anuncios se puede ver un caballero con un profuso bigote.

Takara se ríe.

—Prefiero nuestros vestidos para los hombres. Todavía, que una mujer se quiera vestir a la occidental lo puedo entender, pero, ¿esos trajes negros y blancos tan tristes para los hombres? No, eso no está hecho para mi gusto. Cuando comienzan las clases no tienen tanto tiempo para charlar. El programa de estudio y deberes es tan apretado que solo tienen una hora o dos al día sin actividades y todas prefieren usarlas para dormir un poco más o repasar.

Antes de las vacaciones de finales de invierno, después de unos meses intensos de duro trabajo, la residencia or-

ganiza un baile en donde se espera la llegada de chicos de la escuela superior masculina y también de la incipiente universidad. Es una costumbre occidental que casi todas las chicas desconocen y que no es tampoco muy bien acogida por el profesorado. Es un encargo del ministerio de asuntos extranjeros que lleva a cabo el personal de la residencia por obligación. El ministerio ha contratado a una señora inglesa, mujer de un pastor protestante que ha sido autorizado para abrir una iglesia en la gran isla y que regenta además un colegio al estilo británico para las clases más elevadas de la sociedad japonesa.

La señora Angela Riley tiene el encargo del gobierno de enseñar a las jóvenes los modales propios de las personas de su edad y posición. Durante las dos semanas anteriores a la celebración del baile, en dos horas diarias de clase, la señora toca uno de los escasos pianos de la ciudad en el gran salón de la residencia mientras las alumnas, bailando de dos en dos, aprenden todos los ritmos. A petición expresa de la propia profesora, se le permite también enseñar a los jóvenes de la escuela y la universidad, entre los que el entusiasmo es algo mayor. No dudan en escuchar atentamente a la profesora que, recatada pero también divertida, disfruta enseñando uno a uno los diferentes pasos de baile. Ninguno de los jóvenes gallitos de corral quiere «hacer como» si fuera una chica.

—Entenderán ustedes, —dice en un japonés perfecto pero con un fuerte acento británico,— que no puedo bai-

lar y tocar el piano a la vez.—Los muchachos se ríen.—Así que van a dividirse en dos grupos del mismo tamaño. Unos a mi izquierda y otros a mi derecha. En el siguiente baile los de la derecha harán de chicas y después se cambiarán las tornas, ¿entendido?

La sala de llena de murmullos. La profesora, consciente de los resortes que mueven a sus alumnos levanta la voz y tocando en el piano el himno del emperador, canta el *Kimi ga yo wa*:

*«Que su reinado, señor,
dure mil generaciones,
ocho mil generaciones,
hasta que las piedras
se hagan rocas
y de ellas brote el musgo»*

Todos los muchachos se ponen firmes y mientras algunos hacen una ligera inclinación, otros cantan con ella hasta el final. El funcionario del gobierno, que está presente en todas las clases de la señora Riley, se muestra entusiasmado con la iniciativa y aplaude profusamente tras el himno.

—Y ahora, caballeros, ¡a bailar!—Dice mientras comienzan los primeros compases de una conocida polca.

—¡No tengo nada que ponerme!—Confiesa a su amiga Izumi.
—No te preocupes, Takara, le he pedido a mi padre que me dé permiso para salir a hacerme el traje. Van a venir

unas sirvientas a recogerme mañana, ¿por qué no te vienes conmigo?

—¿Crees que con esto podré hacerme un traje?—Dice Takara mostrando sus ahorros, ignorante de lo que cuesta un traje a medida confeccionado a la occidental en la ciudad.

—Mira, como mi padre paga la factura, no creo que se vaya a poner a investigar por qué motivo paga dos trajes en vez de uno.—Izumi ríe a carcajadas.—Él siempre me dice que soy una niña caprichosa. Lo achacará a eso.

—No, no. Yo quiero pagarlo, Izumi.

—Lo he decidido. No se hable más.—Izumi finge estar seria.

Takara consigue a regañadientes de la directora el permiso para ir con Izumi. Ya en la sastrería, a la moda francesa, Izumi elige un llamativo vestido de seda blanca escotado en forma de corazón con lazos de color cobre y una polonesa que recogida con pliegues graduados generan una figura del gusto del momento. Izumi se resiste a llamar la atención, tanto la hechura como el material de los vestidos que le presentan les parecen excesivos. Una de las modistas que les muestran las láminas y algunos de los trajes ya confeccionados, va vestida con una amplia falda de gran vuelo, bien ceñida en la cintura y una chaquetilla de paño que apenas deja entrever los puños y el cuello de una blusa debajo. Takara, algo tímida, le pregunta:

—¿Podría usted, por favor, abrir su chaqueta?

La joven, que no entiende el sentido de la pregunta, responde señalando el traje que lleva entre sus manos:

—No, este traje es de una pieza. No tiene chaquetilla.

—Perdón, no me expresé bien. Me refiero a la que usted lleva.

La modista medio incómoda, medio extrañada accede a la demanda de Takara.

—Ya sé lo que quiero, —responde— una falda como la suya, pero hecha en tela samekomon. La blusa de la misma seda que la del traje de mi amiga, pero con la hechura de la que lleva usted, no coloqué botones hasta esta altura, —dice señalando en centro del pecho— y en vez de chaquetilla usaré un obi con un ancho doble que me colocaré como el chal que usa la señora Riley, —dice mirando a su amiga.

La modista toma notas en un cuadernillo y la mira sorprendida:

—¿Viene usted de Europa, señorita? ¡Qué buen gusto!

Izumi, con los ojos abiertos como platos no entiende nada.

—¿Así vas a ir al baile? Van a pensar que eres una pobretona.

—Es lo que soy. Así no engaño a nadie. Tú vas a ir preciosa, desde luego, y yo seré Takara, la chica de las montañas.

— — —

Durante los meses que han pasado desde su llegada a la residencia, Takara ha escrito varias cartas. Las más a

su familia en la aldea, dirigidas a Osamu y Natsumi y un par de ellas a Ichiro, su amigo. Takara quiere medir con mucho aplomo su relación con él pues, aunque no tiene los mismos sentimientos que el muchacho, tampoco quiere que su amistad desaparezca ya que realmente le tiene un profundo afecto. Las dos respuestas de Ichiro a sus magras noticias son alegres y profundas a la vez. En su segunda carta, que se ha atrevido a encabezarla con «querida Takara», se muestra entusiasmado con la relación que ha establecido con Osamu:

*«Querida Takara,
Me alegro mucho de que estés disfrutando
y aprendiendo tanto en la escuela superior.
Comprendo que tu día a día sea tan exigente
y que casi no tienes tiempo para escribir. No te
preocupes, con saber de ti y que estás bien al ritmo
que tú puedas es suficiente para mí. Además tu
Tata me habla de tus cartas, bueno, todavía no
me ha dejado ninguna, pero me cuenta lo que él
considera digno de ser contado para mí.
¿Sabes? Hace unas semanas fuimos a la cueva
por unos días con la idea de preparar y traer una
carga de quesos que, por cierto, se venden muy bien
en la ciudad, sobre todo en la colonia extranjera.
Una vez allí Osamu, como siempre hace, al
amanecer y al anochecer, se sentaba ante el altar,
recitaba los sutras y permanecía en silencio.*

Sentí curiosidad. Ya sabes que yo no sé nada de esas cosas y que más allá de lo que mis abuelos me han contado no tengo ni idea de meditar ni de los sutras ni nada de eso.

Una tarde fui con Osamu a visitar los pequeños altares que, según él me dijo, construyó hace años, antes de que nacióramos, en el bosque cercano a la cueva. Los limpió, arregló algunos, sustituyó piedras y demás. En uno de ellos, había una alta estela clavada en el suelo al pie. Allí nos sentamos largo tiempo. Yo le pregunté que quién estaba ahí enterrado. Y él me dijo, pregúntale a Takara.

¿Sabes tú algo?

Después de eso, esa misma tarde, antes de comenzar sus rezos me dijo: ¿Qué sabes de zazen? No tengo ni idea, le respondí. ¿Quieres sentarte conmigo?, me dijo.

Desde ese día, acompañó a tu Tata dos veces al día, al amanecer, antes de empezar la jornada y al anochecer, después de dejar todo el trabajo hecho. ¡Es maravilloso! ¿Cómo es que no me has contado nada?

Estoy feliz de trabajar para Osamu.

Cuídate mucho, aprende mucho y sé feliz también, como yo.

Te echamos de menos,

Tu Ichiro»

Takara está abrumada con la carta, nerviosa con el baile que se avecina y casi sin tiempo en pensar qué responder, decide esperar a que pase el baile y hablar con Ichiro en persona, en las dos semanas de vacaciones en las que piensa volver a la aldea.

Capítulo 5.

I— Rata

—Señorita, por favor. Levante la vista del microscopio, se va a hacer daño. No puede estar usted horas y horas sentada de esa forma.

El que habla es un hombre joven con un aspecto extraño. A pesar de no haber cumplido los cuarenta es completamente calvo. Pretende disimular la calvicie natural con un afeitado deliberado de la estrecha franja de cabello que, de no ser por la cuchilla, aparecería por detrás de las orejas. Los ojos pequeños, las cejas estrechas y separadas y una dentadura extraña y desordenada le dan un aire bastante peculiar. Podría decirse incluso patético. Sin embargo, Takara lo admira. Es para ella el referente de lo que debe ser un buen científico y un buen profesor.

Aunque terminó su formación hace seis meses con gran disgusto de su familia y de su novio, Ichiro, ha vuelto a la ciudad como estudiante supernumeraria. Como ya no puede acceder a la residencia de estudiantes, ha alquilado unas habitaciones en uno de los muchos establecimientos del padre de su amiga Izumi a la que ve con frecuencia. En su corazón aspira y desea una plaza en la universidad aunque sabe que es realmente difícil para una mujer.

—Es usted, sin duda alguna, la persona más capaz y con más conocimiento de la botánica de alta montaña de la isla. Ha escogido un tema del que se sabe poco, lo ha desarrollado de manera excelente y ha dado muestras de una tenacidad y diligencia extremas. Estamos especialmente interesados y admirados por sus estudios microbiológicos en relación con la flora. Reciba mis más sinceras felicitaciones. Las mías y las del conjunto de profesores en pleno.

Con estas palabras del presidente del tribunal y una ovación cerrada consigue el doctorado un par de años más tarde, pero la posición de profesora no llega y ve, frustrada, cómo compañeros de promociones posteriores a la suya con menos talento y menos cualificación ingresan como ayudantes y docentes de prácticas mientras ella se deja en el microscopio sus días de juventud sin retribución alguna.

A la disertación han acudido Osamu e Ichiro ambos van vestido de forma elegante pero no a la occidental. Des-

tacan sus coloridas telas ante el uniforme y triste, gris o negro, de los asistentes. Izumi, vestida con un precioso traje que bien podría pasear por los Campos Eliseos, se sienta con ellos. Es la primera vez que se encuentra con Ichiro. A sus veintiún años es un joven apuesto. La tez bastante castigada por el sol, la manos grandes y bastas, una espalda enorme y una altura considerable son el marco que contrasta con una mirada y sonrisa aún algo infantiles. Izumi comprende que Takara haya decidido anunciar su compromiso con él en la aldea, sin duda parece un buen partido pues añade a su físico lo que ella le ha contado tantas veces de él, que es un buen hombre.

—Mira, Izumi, —le dijo Takara en una ocasión— sé que tú buscas lo maravilloso y lo excitante en tu vida. Lo comprendo. Pero yo no soy así. No necesito tantas novedades ni misterios. Ichiro es amable, tranquilo y me quiere, ¿por qué pedir más?

Takara escuchaba las historias románticas y desgarradas de las aventuras de su amiga. Ella le echaba en cara «no haberse estrenado aún».

—Mira que has tenido oportunidades en tus montañas. ¿Es que no quieres probarlo?

Pero ella no quería precipitar algo que sabía que —sin lugar a dudas— tendría que ocurrir.

Después de terminar los estudios, cuando pidió al profesor Sakurai que le dirigiera la tesis, se encontró con la respuesta tradicional que nunca hubiera esperado de él. Koichi Sakurai había sido para ella el mentor más de-

dicado y amable que había conocido, aunque solo tiene diez años más que ella, siempre la había tratado con una actitud paternalista que a ella no le disgustaba del todo. En un gesto muy suyo, tras escuchar la petición de Takara, el señor Sakurai se quita las gruesas gafas y manteniéndolas aún enganchadas en una de las manos, se masajea el rostro y los ojos antes de hablar. Takara piensa que un día se va a sacar un ojo con la patilla y evita reírse pues está expectante de la respuesta.

—Señorita Koizumi. Usted ha dado de sí todo lo que se puede esperar de una joven y mucho más. Ha demostrado que es brillante y sus calificaciones son excelentes pero no está previsto que tengamos mujeres en el doctorado. Se va a encontrar con unas dificultades que, en esta ocasión, creo que van a estar por encima de sus posibilidades. Desde luego, no cuente con el apoyo económico de la universidad ni, imagino, del ministerio. Otra cosa diferente es que usted se empeñara y corriera con los gastos de su propia manutención y demás...—El profesor continúa hablando pero Takara está ya pensando en su respuesta.

—Sí, por supuesto. Si yo corriera con todos mis gastos, ¿podría dirigir mi tesis?

Los pequeñísimos ojos del profesor se abren sorprendidos.

—Quiero que entienda que no tengo ninguna queja personal de usted. ¿Me entiende? Es más, —carraspea y sonrío de una forma que nunca ha visto Takara— siento

una, digamos, afinidad intelectual por su persona, si me permite.

—¿Qué está diciendo? ¿Afinidad intelectual, dice?—Takara piensa para sí.

Nunca había pensado en que el profesor deslizara esa sutil declaración de sentimientos. No se atreve a responder a su atrevimiento pues lo que tiene en mente es más importante para ella que cualquier otra cosa.

—Entonces, ¿puedo redactar un documento sobre mi intención de investigar para que lo tenga en consideración? Partiendo del hecho que ya sé que correré con los gastos.

Arrinconado, el profesor no tiene más remedio que aceptarla. De esta forma Takara consigue mantener su relación, improductiva desde el punto de vista económico pero académicamente viable, con la universidad y sus estudios. El planteamiento de su trabajo es excelente, estudiar la flora de sus montañas, las que conoce bien desde pequeña, y relacionar dicha flora con la vida microbiológica que soporta la altura y los fríos y vientos de esa franja por encima del arbolado que caracteriza lo que científicamente se conoce como flora alpina, aunque esté tan lejos de los Alpes.

Después de la disertación que le otorga el título de doctora, el primer título de doctora en Ciencias Biológicas concedido en la isla, deciden celebrarlo en un famoso

restaurante de la ciudad. Una extraña conjunción de personas se reúnen en torno a una mesa. Osamu, Takara e Ichiro que se sientan a un lado, mientras que Izumi y el profesor Koichi Sakurai se sientan ambos al otro lado. Takara apoya su mano sobre la rodilla de Ichiro mientras habla con Koichi sobre algunos detalles de la disertación. Izumi, que no pierde detalle, pregunta al joven Ichiro sobre su trabajo.

—Trabajo para Osamu. —Responde, y antes de que siguiera hablando, Osamu añade:

—Trabajamos juntos, pero no es asalariado ya. Lo era cuando era un chiquillo.

Ichiro baja la cabeza algo avergonzado.

—Es verdad, discúlpame Osamu.—Inclina la cabeza una y otra vez.— Todavía no me he acostumbrado a pensar así. —Y continúa hablándole a Izumi.— Cuando Takara estuvo este verano pasado en las montañas terminando de recoger sus últimas muestras, nos mostró la importancia de la vida de los microbios que ella ve y nosotros ni sabíamos que existían. Esos bichitos de los que ella nos habla son los responsables del sabor, textura y demás cosas que nos gustan de nuestros quesos. Osamu entonces decidió crear una especie de acuerdo entre los tres. A partir de ese momento nos repartimos las ganancias entre todos. Así que tienes razón, Osamu. Trabajamos juntos.

Un incómodo silencio flota sobre la mesa. Takara rompe el momento preguntando a Osamu por Yasui.

—Perdona, hija, —se han acostumbrado a hablarse como padre e hija ante extraños— se me olvidó. Me encargó que la disculpara. Tiene mucha tarea en la escuela, no podía permitirse el viaje.

—¿Y usted, señorita?—Pregunta el profesor a Izumi.—¿A qué se dedica?

Izumi baja la cabeza. Takara se espera cualquier salida de su amiga. La postura que debe adoptar Izumi para sentarse ante una mesa baja con las ropas occidentales es realmente extraña. Como con esa vestimenta no puede sentarse sobre sus rodillas, deja sus piernas a un lado y con dificultad se apoya con una de sus manos sobre el suelo para mantenerse algo erguida. Mira a entonces a Koichi con una inclinación que puede interpretarse como algo desafiante.

—Me encantaría responderle si estuviera algo más cómoda, —sonríe.

—Disculpa, —interviene Takara— tienes razón, no me había dado cuenta de que con ese vestido no puedes sentarte cómodamente.

Koichi, que también va vestido a la occidental, suelta una sonora carcajada que todos comparten mientras dice:

—No sé si las lágrimas se derraman por la risa o por el dolor que me causa este maldito pantalón.

Izumi, que de toda la mesa es la que tiene más mundo, hace una seña a la señorita que sirve las mesas. Ella se sienta a su lado e Izumi le habla al oído.

—Pase por aquí, señora por favor,—le indica una sala trasera del restaurante de la que vuelve perfectamente vestida en un kimono amarillo, sencillo pero de buena factura.

—Señor, por favor, si me acompaña,—le indica a su vez a Koichi que vuelve igualmente con ropas locales.

Tras esta interrupción en la que Izumi ha demostrado sus dotes en estos ambientes, toma la palabra dirigiéndose con abierta coquetería al profesor:

—Conocí a Takara cuando ambas teníamos quince años. Enseguida me di cuenta de que ella era la más lista de la clase. Cuando acabamos la escuela secundaria yo no quise estudiar más. Me he dedicado a leer, a gastar dinero en trajes occidentales, a aprender algunas de las tareas propias de las jóvenes de sociedad y a rechazar propuestas de matrimonio.—Ríe.— ¡Ah! ¡Y otra cosa más, a preocupar y enfadar a mi padre! Soy una joven caprichosa que difícilmente se contenta con lo que tiene, Sr. Sakurai. Queda usted advertido.—Y añade— ¿tiene usted alguna otra ocupación en su vida además de las plantas y los animales?

El profesor, algo achispado por el sake, responde de una manera inesperada y vulgar:

—Si se refiere a animales del sexo femenino de la especie humana, no. No estoy ocupado.

Ichiro no sabe muy bien qué decir. Por un momento se siente tentado en llamarle la atención, pero la presencia de Osamu le inhibe.

Izumi que sabe aviárselas muy bien en estos contextos, le responde:

—Demasiadas palabras para decir que está soltero, ¿no le parece?

Koichi está bastante colorado, en parte por el vino y en parte por la conversación y la presencia de Izumi a su lado que, sin evitarlo, permite que su bata se abra algo más de lo usual.

Cuando ambas amigas se disculpan para ir al baño, Takara le aborda:

—¿Cómo se te ocurre tontear con el profesor? ¡Es un adefesio, por favor!

—Me divierte, Takara, no te pongas así. ¿Sabes si es rico?

—No lo sé, pero mucho menos que tú, seguro.

—Estoy cansada de ver a mi padre. Estoy cansada de torpes pretendientes sin gracia ni oficio.

—Tú verás lo que haces.

—¿Y tú, cuando te casas?—Pregunta Izumi.

—No se lo digas a nadie, pero creo que nos casaremos después del verano.

Takara no quiere abandonar la ciudad aún. Aunque tanto Osamu como Ichiro esperan que vuelva con ellos al día siguiente, ella tiene otros planes en su cabeza y en un aparte le pide a su tata:

—Pon una excusa cualquiera, la que se te ocurra, para que Ichiro se quede aquí. Quisiera, —habla en voz baja y un tanto avergonzada— hacerle el regalo a Ichiro de es-

tar aquí en la ciudad conmigo unos días. Además quiero terminar de gestionar unos papeles en el ministerio, por favor.

—Claro, claro, lo entiendo.—Respondió Osamu comprensivo.

Los días que pasan juntos en la ciudad son como una especie de paraíso para ambos. Takara no tiene que dar cuenta a nadie de quién entra en su casa y el anonimato de la ciudad les permite comportarse abiertamente como una pareja de recién casados. Ambos jóvenes e inexpertos, ambos deseando conocerse y disfrutarse, las horas pasan como segundos. Ichiro, que se había hecho una idea falsa del juego amoroso se sorprende ante la avidez de su compañera que varias veces al día le reclama en el lecho a su lado. Takara, que ha estudiado biología y no es tonta, ha tomado todas las precauciones necesarias para no quedarse embarazada.

—¿Cómo sabes tú todas estas cosas, Takara?—Ichiro le pregunta un tanto extrañado, cayendo incluso en la desconfianza.

Takara que hace dibujos con su dedo sobre el torso desnudo de su amante, le dice:

—Te recuerdo que estás acostándote con una señora doctora en Ciencias de la Vida.

—Tengo hambre, —confiesa Ichiro— ¿qué hora es?

—Es la hora de comer marisco. —Le responde Takara mientras lleva la cabeza de Ichiro entre sus piernas.

Antes de seguir con su faena le mira a los ojos con una sonrisa:

—¡Menuda ratita estás hecha!

—¡Ummm! ¿Ratita por qué?

—Por esos ojitos brillantes con los que me miras.

—¡Schhh! ¡Calla y sigue! —le dice mientras enreda sus dedos en los cabellos de él.

II— Serpiente

Ichiro acompaña a Takara a su entrevista con un funcionario del ministerio. Ha desarrollado pormenorizadamente una propuesta para crear un herbolario en la universidad, al modo en que lo han hecho otras muchas instituciones extranjeras y nacionales. La pretensión de Takara es crear un trabajo estable donde poder desarrollar sus estudios y, a la vez, mantenerla conectada con la aldea y sus montañas. Aunque ha advertido a Ichiro de la más que probable respuesta negativa, él le anima a seguir intentándolo en la capital si su propuesta no tuviera éxito. Lo que no imaginan ninguno de los dos es cómo se van a desarrollar los acontecimientos.

El funcionario que les atiende es un hombre mayor con un visible cansancio en su cara que no se refleja en su entusiasta forma de hablar, como si desde el fondo de su voluntad sacara fuerzas que no se corresponden con su aspecto físico.

—Imagino que conoce usted los pormenores de la misión Iwakura, aunque usted era pequeña entonces, al menos habrá leído algo de ella.

—Claro que hemos leído, hace ya unos años se escribió una crónica sobre su emocionante desarrollo. Pero, disculpe señor, ¿qué tiene que ver la misión Iwakura con mi petición?

—Su mentor, el señor Koichi Sakurai, ha sido invitado junto con otros académicos de toda la nación a una misión, esta vez de carácter netamente universitario, que recorrerá Europa en los próximos años. Como uno de los representantes de la facultad, especialista en Historia Natural, se le ha sugerido que recomiende a un reciente doctor para dicha misión que tiene el encargo de conocer las universidades europeas y sencillamente nos ha dicho que usted es la mejor. Además nos ha adelantado sus ideas sobre el herbolario que según él, —revuelve entre los papeles de su mesa y encajando unas gafas lee— «es una propuesta muy por debajo de su cualificación científica y personal que tengo en la más alta estima».

Takara, emocionada, no puede evitar las lágrimas. Ichiro se asusta pues no llega a comprender lo que ocurre. El funcionario le cede un pañuelo que saca de su bolsillo.

—Comprendo que sus lágrimas son de alegría, señorita Koizumi.

—Sí, sí, —su sonrisa se abre paso entre las mejillas húmedas.

—Hemos redactado un pequeño resumen sobre la expedición con los detalles importantes, fechas y cosas así, —dice mientras le da un librito de unas pocas páginas— léaselo y en cuanto tenga una respuesta vuelva por aquí. Pero no tarde, por favor, más de una semana.

—¿Podré llevar a mi marido de acompañante?

—¿Su marido? ¡Perdón, discúlpeme, me han informado mal pues el señor Sakurai me habló de usted como soltera!

—El señor Sakurai le habló correctamente, pero ya tenemos decidido casarnos y, claro, si vamos a hacer tan largo viaje, adelantaremos la boda.

—¿Sabe usted inglés, señor?

Takara coloca una mano sobre la rodilla de Ichiro y, sin darle tiempo, responde:

—Está aprendiendo muy rápidamente.

—Bien, en ese caso, no creo que haya inconveniente. Encontraremos algún puesto disponible en la expedición. Léase el librito y vuelva, por favor.

—¿Cómo has podido decidir así por mi, Takara? —Dice Ichiro en cuanto están en la calle.

—¿Es que no te entusiasma la idea? ¡Vamos a formar parte de una expedición educativa del Emperador!

—Te veo feliz, eso me alegra. Pero, ¿dónde quedo yo en todo esto? Voy a ser tu acompañante durante, no sé, léelo, ¿años?

—Pero, ¿es que no quieres que estemos juntos?—Pregunta entre triste y extrañada.

—Me da miedo alejarme de la aldea, de mis padres y familia, de Osamu, del mundo en el que esperaba que tú y yo íbamos a...

—Ese mundo llegará, Ichiro. Esto es un paréntesis. Es como en las novelas occidentales, como lo que ellos llaman un «viaje de bodas».

A finales del verano, la pareja de recién casados se despide de Osamu y Yasui. Ellos están en un pequeño barco que les lleva a la isla grande donde subirán al enorme vapor que los llevará a Europa. No es una despedida tan emotiva como la que tuvieron en la aldea. Natsumi, a sus setenta y nueve años no se encuentra muy bien y sospecha que es muy posible que sea la última vez que ve a su Takara. Ambas lloran abrazadas.

—¡Anda, vete con Ichiro y sé feliz!—Le dice mientras le acaricia la cara.

Takara e Ichiro, vestidos ambos a la occidental como les ha marcado el protocolo del viaje, agitan sus manos y sonríen. Yasui, cogida del brazo de Osamu, le pregunta: —¿Has visto lo guapos que están y lo felices que se les ve?

—Sí, desde luego. Ellos van a una nueva misión. La mía ya se ha cumplido.—Su piel cambia de color. Yasui nota un cierto temblor y confusión en Osamu.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Responde.—Me he mareado un poco, no sé por qué, pero estoy bien.

—¿Por qué no os casáis?—Les aborda Natsumi con ese descaro que caracteriza a algunos mayores que saben que sus días cada vez son más escasos.— Os queréis, os veis a diario, tenéis muchas cosas en común, la verdad es que no os entiendo.

Yasui mira al suelo y prepara un té ensimismada. Osamu sonríe a Natsumi, la mira dulcemente a los ojos y permanece en silencio.

—Haríais muy feliz a esta vieja, por si eso os anima.— Natsumi coge el cuenco que le ofrece Yasui y bebe hasta el final devolviéndoselo.— De verdad, —insiste— ¿cuál es el motivo?

Yasui permanece callada. Osamu responde:

—Te daremos una respuesta, Natsumi. Te la mereces por lo insistente que eres. Pero ahora, bebamos té y dejemos que nuestros buenos deseos les llegue a los jóvenes recién casados. ¡Ojala que sean felices y prósperos!

—¡Ojalá!—Responden ambas a la vez.

—Me gustaría acompañarte, Osamu.—Yasui le mira a los ojos esperando de él alguna reacción.

Sabe que a pesar del paso de los años sigue siendo un tema delicado. Ha dejado de ser un tabú pero sigue interponiéndose entre ellos. Osamu ha decidido visitar el templo del que saliera casi treinta años atrás. En todos estos años ha evitado tener cualquier noticia, ha mantenido una distancia deliberada con la institución espe-

rando que se disipara su rencor y frustración, cosa que ha conseguido con éxito, pero Yasui ha sabido encontrar algo en su interior que él desconocía de sí mismo. Unos rescoldos sin apagar del todo.

—Es muy amable por tu parte. Ya has hecho bastante. Has hecho mucho, pero esto tengo que abordarlo solo, ¿no te parece?

Entre Osamu y Yasui no hay secretos, ella está al tanto de toda la historia. Es la insistencia de Natsumi y el anhelo de Yasui en el matrimonio lo que sitúa a Osamu en la obligación de cerrar esa herida que en su momento se abrió.

—Si decido casarme contigo, tengo que hacerlo respetando mis convicciones. Aunque a nadie se lo parezca, tú lo sabes bien, me sigo sintiendo un monje. Tengo que devolver mis votos formalmente, cosa que nunca hice.

Unos años atrás, cuando Takara terminó sus años en la escuela y su amistad se hizo más profunda, Yasui le sugirió el matrimonio. Osamu se negó y durante unos meses su relación se enfrió casi por completo. Se limitaban a saludarse en los escasos momentos en los que se cruzaban en la aldea. Natsumi sufrió mucho en esos momentos y fue ella la que medió para recomponer una excelente amistad. Se recompuso como en las piezas de cerámica kintsugi que en vez de ocultar la rotura, la adornan con laca y polvo de oro. Los dos conocen y respetan este ámbito tan íntimo de su relación y justo alrededor de la fisura han generado un riquísi-

mo mundo de matices del que ha crecido la decisión de Osamu.

El templo se encontraba a las afueras, pero en estos treinta años la ciudad ha crecido de tal manera que ahora mismo está casi rodeado de nuevos edificios. Algunos de ellos son edificios oficiales, otros de carácter militar, los más son residencias de la incipiente burguesía local que se abre paso. Lo primero que sorprende a Osamu es que el gran portón de madera, por el que treinta años atrás saliera con apenas un hatillo al hombro, está abierto. Ya en el interior del recinto sigue siendo sorprendido al ver a algunas familias disfrutando del excelente jardín.

—¿Qué es esto?—Se pregunta para sus adentros.—¿Mujeres y niños en el templo un día cualquiera?

Por un momento, la rigidez de su mente de monje vuelve como un resorte. Solicita una entrevista con el abad del monasterio pero el monje que le atiende le responde con evasivas. Osamu se ve obligado a decirle que él fue monje hace treinta años, dándole noticias del abad y otros monjes conocidos por él. El monje, de unos cuarenta años, le responde:

—Sí, sí, los conocí, pero han fallecido todos. De esa época solo queda dos ancianos monjes.

Al escuchar sus nombres, Osamu comienza a temblar. La boca se le seca y palidece. El monje, dándose cuenta, le hace pasar y le ofrece agua.

—Espera aquí, por favor.

Al poco rato lo lleva a una entrevista con el abad. Es un hombre de su edad, robusto, con una mirada incisiva, que lo recibe evitando el formalismo propio del monasterio.

Osamu, sin embargo, mantiene la observancia del estricto protocolo que aprendió en sus años de monje. El abad, a la vista del personaje que Osamu le parece, rápidamente responde siguiendo el protocolo. Osamu advierte al escucharlo que su acento es del norte. La voz es suave, como si no se correspondiera bien con ese corpachón.

—Habla.—Es todo lo que dice.

Entre el maestro y Osamu no hay ningún mobiliario. Osamu observa la postura de su interlocutor. Las manos firmemente apoyadas sobre las rodillas, la espalda recta, la mirada serena y expectante.

Osamu, con palabras torpes al principio y la respiración algo agitada, comienza a recordar sus años en el monasterio, la forma en la que fue obligado a entrar por su tío tras la muerte de su padre. El desgraciado incidente que le llevó a la expulsión del templo. No tiene ninguna duda en comunicarle que el causante de todo aquello es un anciano monje que aún sigue vivo en ese lugar. Le habla de sus años en la cueva, la llegada de Takara...

El maestro se mantiene firme y atento. Osamu sigue hablando y hablando. Habla de Yasui, de Natsumi, de la necesidad que tiene de cerrar sus heridas, de sus votos que ha mantenido lo mejor que ha podido todos estos años, de la necesidad de devolverlo formalmente,...

El maestro permanece en silencio. La luz del sol que entra por una rejilla señalando una línea estrecha en el suelo, muy lentamente, describe un arco sobre el tatami mientras Osamu habla.

Un silencio se extiende entre ambos. El maestro sonríe. Osamu calla y baja la vista. El silencio se alarga. Osamu levanta la mirada y ve al maestro sonreír.

—¿Has comido?—Le pregunta.

—No, aún no.

—¿Tienes hambre?

Osamu, se siente incómodo.

—¿Será un koan?—Piensa.

—No, no tengo hambre, responde.

—¡Vaya! Esperaremos entonces.

Osamu no entiende qué tiene que ver el hambre en ese momento. El maestro permanece callado y sonriente. Osamu se disculpa:

—Disculpe mi atrevimiento, maestro, pero ¿qué tiene que ver el hambre con lo que le he contado? ¿Por qué no me da una respuesta?

—¿Cuál es tu pregunta, Osamu?

—¿Qué hacer? Quiero saber qué hacer en esta situación.

—Cuando tengas hambre, come. Cuando tengas sueño, duerme. Evita hacer daño, haz el bien, cultiva tu mente.—Le responde sonriente.

Osamu, entonces hace gassho, el gesto de unir ambas manos, y pide permiso para retirarse.

El maestro no se lo da y le responde:

—¿Tienes hambre?

—He comido sin comer y ya he dormido bastante.—Le responde Osamu.

—¡Eso es, eso es! Vete en paz. —Le responde.

Cuando Osamu baja la pequeña escalera que separa el templo del jardín ve una serpiente que saliendo de debajo del templo corre a esconderse, aliviado piensa:

—Desde luego que el aferramiento a historias del pasado es muy poderoso.

Osamu se vuelve mirando al templo y vuelve a hacer una reverencia, agradecido.

Tras la boda, Yasui propone ir con Osamu a la cueva.

—¿A la cueva? ¿No prefieres ir a la ciudad o visitar a tus padres en la isla grande?

Los padres de Yasui, ya ancianos, han vuelto a su lugar de origen. Hace años que ella no los visita, Osamu imagina que se pondrá contenta con el ofrecimiento.

—Osamu...—Es todo lo que dice.

—Yo quiero conocer a tus padres. Me da la impresión de que no soy el único que tiene deudas con su pasado.

—Desde que llegué a esta aldea solo he visitado a mis padres en dos ocasiones. Lo hice por el sentido del deber. La primera vez prometí no volver y pasados unos años me arrepentí. La segunda vez que fui, ¿recuerdas?—Osamu asiente.— Fue poco después de nuestro distanciamiento. Fue un error pretender acercarme a mis padres como respuesta al dolor que supuso perderte.

—Pero, ¿qué ocurre cuándo los ves? ¿Te critican? ¿Ven mal tu vida aquí en la aldea? ¿Quieren que vayas a vivir con ellos?

—Menos eso último, todo lo que puedas imaginar. Mi madre no es capaz de hablar en casa, es como una figurilla de juguete que va de un lado a otro por donde la lleva mi padre. La última vez que lo vi me dijo al despedirse: «No se te ocurra volver por aquí sin un nieto. No me vale una niña.» ¿Entiendes el tipo de persona que es?—Dice entre lágrimas.—Aunque pudiera, que ya no puedo tener hijos a mi edad, ni por asomo se me ocurriría llevarlo allí. Para mí, mis padres fallecieron aquel día.

Capítulo 6.

I— Jabalí

—¡No puedes imaginártelo, Tata! Ha sido un viaje maravilloso. —Dice ya en el carro que lentamente les acerca a la aldea. Takara, llena de alegría por su vuelta a casa, está cambiada. Yasui y Osamu, orgullosos, ven a una mujer que ha crecido en todos los sentidos y que a sus veintisiete años es bellísima. Osamu no puede evitar recordar a la madre de Takara.

Ichiro sigue siendo el hombretón que salió de la isla tres años antes. Su padre, que esta vez ha bajado de la aldea con su segunda esposa a recibir a su hijo, va detrás en otro carro. La primavera casi ha acabado pero conforme van subiendo hacia las montañas, los árboles aún muestran algunas flores.

—¿Cómo te va con tu matrimonio?—Se atreve a preguntar en voz baja Yasui. Ellos aún no le ha revelado su reciente enlace.

Takara, algo avergonzada por una pregunta tan directa, responde escuetamente:

—No puede ir mejor. Ahora que el viaje ha acabado vendrán los niños, espero.

Osamu la mira contento, pero nota un cierto gesto de preocupación, como una sombra que, sin saber muy bien en qué consiste, empaña ligeramente su rostro.

—Algo te pasa, Takara, no sé bien qué. ¡Cuéntamelo, anda!

—¿Cómo puede darse cuenta?—Se pregunta para sí. No puede comprender que Osamu conozca sus gestos hasta ese punto.

—En el viaje a Europa nos reuníamos por las tardes a ver distintos espectáculos. A veces teníamos charlas muy instructivas sobre las ciudades que íbamos a visitar, a veces algunos de los pasajeros mostraban sus habilidades como intérpretes o como cantantes. Era divertido. Uno de los profesores de la facultad de ingeniería había traído consigo una «linterna mágica» como esas que se usan en los espectáculos de utshushi-e. Además, un funcionario del ministerio, que más tarde ha hecho una gran amistad con Ichiro, traía imágenes y fotografías de las anteriores expediciones a América y Europa. Ellos las proyectaban con la lámpara sobre una pantalla blanca muy grande para que todos pudiéramos verlas. Eso nos

entretenía a la vez que nos mostraba las dificultades con las que nuestros antepasados se encontraron. Una de las fotografías llamó la atención de Ichiro. Tengo que decir que en ese momento yo estaba distraída charlando con otra compañera de viaje. «¿Has visto?». Me dijo Ichiro. Cuando miré la pantalla donde se proyectaba la fotografía, me quedé muda. Era realmente como si me estuviera viendo en un espejo. No quise traer la atención hacia mi y permanecí callada.—Yasui y Osamu escuchan atentos. Takara mira hacia el paisaje que va dejando la ciudad hacia abajo. El ritmo del caballo se hace lento.

—¿Y?—Demanda Osamu.

—Al día siguiente nos acercamos Ichiro y yo tras el almuerzo a la mesa del funcionario. Ichiro solía entrevistarse con él, ya os contará las buenas amistades que ha hecho y el trabajo que ha obtenido. Eso se lo dejo a él. En fin, que le preguntamos por las fotografías del día anterior y especialmente por la de aquella joven de la nobleza que mostró al final. Era una fotografía antigua, quizá de las primeras realizadas en nuestra isla. Nos dio los detalles de la imagen, el nombre de la señora, la fecha en la que se tomó y cuando le pregunté qué había sido de ella, me contestó que falleció junto con su marido en las revueltas de...—Takara toma aire, pues empieza a notar que se está emocionando. Osamu la interrumpe.

—Tranquila. Se refiere a las revueltas de hace exactamente los mismos años que tú tienes.

Casi sin salir un hilillo de voz de su garganta rota, asiente:

—Sí, Tata.

—¿Qué edad tenía esa señora?

—No sé, se me hace difícil calcularla así por la foto, diría que unos cuarenta.

—¿Te dijo el funcionario cómo murió?

—Sí, parece ser que murieron ella y su marido en un incendio.

—¿Y te contó si tenía hijos?—Pregunta Osamu.

—Según me dijo todos sus hijos murieron con ella, excepto una hija que estaba en palacio.

—¿Qué más averiguaste?—Le dice Yasui.

—Le pregunté si se sabía algo de la hija. Me dio todos los detalles del marido de la hija, su nombre, su posición social, cómo se alineó con la facción partidaria del emperador y cómo fue perseguido por ello.

Osamu respira aliviado. Para él, que no quiere añadir información por ahora y nunca ha querido indagar en este hecho tan triste por miedo a perjudicarse a sí mismo y a Takara, es una extraordinaria noticia, pero quiere terminar de escuchar de labios de Takara todas sus averiguaciones.

—Parece ser —continúa Takara— que el marido y su familia murieron defendiendo el palacio que había sido arrebatado a la facción contraria al emperador. Aunque no es seguro si fue en el mismo palacio o en algunas de las batallas que se dieron en la ciudad y alrededores. De

la hija me dijo que no se sabía nada. El emperador colocó hace unos años una estela en honor de la familia desaparecida en su residencia de la capital.

Cuando termina de hablar Takara mira a los ojos de Osamu directamente, como esperando respuesta. Después mira a Yasui y mueve la mirada de una a otro, anhelante. —Pues es así, Takara, ya sabes quiénes fueron tus abuelos, quién fue tu padre y tu madre. Ahora puedes seguir tu vida tal y como la conoces o, si así lo deseas, reivindicar tu posición como descendiente de un hombre honorable a ojos de la corte.

—Esto ha sido muy importante para mí, Tata, tú lo sabes, pero yo soy Koizumi Takara, hija de Koizumi Osamu y eso no lo va a cambiar ninguna fotografía, por buena que sea.

Cuando llegan a la aldea, hay una recepción organizada en la que prácticamente toda la aldea asiste engalanada. Ichiro y Takara, protagonistas, se sienten un tanto cohibidos y obligados a hablar. En el único salón público de la aldea que se encuentra en la escuela, dan una pequeña charla sobre su viaje y comparten su alegría de volver a sus montañas.

Natsumi no ha asistido a la recepción. Cuando llegan los jóvenes a su casa casi no los reconoce.

—Hola Natsumi, —le dice Takara cogiéndole las manos— soy Takara. He venido con Ichiro a saludarte.

Natsumi, casi ciega y muy sorda, sonrío y responde con una vocecita muy fina:

— Takara se ha ido, está en Europa con su marido.

—Claro, Natsumi, claro, pero ya ha vuelto. ¡Soy yo! —Y cogiendo a Ichiro del brazo se lo acerca, diciendo,— Este es Ichiro, mi marido. ¡Hemos vuelto!

Natsumi intenta reconocerlos y con sus manos toca la cara de Takara.

—¡Pero si estás hecha una mujer!¿Dónde está Osamu?—
Pregunta.

—Estoy aquí, Natsumi. —Le contesta desde el fondo desde la puerta de la habitación.

—¿Has visto lo que ha crecido tu hija? ¡Pero si hace nada era una niña!

Sentados, comen todos alrededor del fuego. Natsumi es atendida por Yasui mientras que Takara ofrece la comida a Osamu e Ichiro.

—Después de nuestra boda, —cuenta Osamu— nos vinimos a vivir con Natsumi. Aquí tenemos sitio y la acompañamos. La cabaña está libre por completo, ¿qué os parece si os acomodáis allí?

—Yo sigo disponiendo de mi casa, —señala Yasui— tampoco me importaría que os mudárais allí si os gusta más estar en la aldea.

—Mi padre, —dice Ichiro— me ha ofrecido una casa también, gracias. Tendremos que hablarlo, ¿no te parece?—
Ichiro mira a Takara.

—Claro, pero ¿no crees que es momento de contarle nuestros planes?

—¡A ver, a ver!¿Qué planes son esos?—Pregunta Yasui.

—A Ichiro le han ofrecido un trabajo en la ciudad.

Ichiro le interrumpe.

—Eres demasiado modesta, Takara. El trabajo es tuyo. A mí me lo han ofrecido porque en el ministerio no son capaces de hacer valer el trabajo de una mujer por sí sola. Pero en realidad sin ti nada de esto hubiera salido adelante.

Takara mira a su marido con cariño.

—¿Y bien?—Pregunta Osamu.

—A lo largo de los tres años que ha durado el viaje, Ichiro no solo ha aprendido a hablar inglés y chapurrear algo de francés, sino que se ha desvelado como un buen organizador. En más de una ocasión ha tenido la oportunidad de mostrarse hábil en el manejo de situaciones en las que otros se estancaban. Su amigo Taneichi Roki nos ha propuesto a ambos como funcionarios del ministerio de educación. Mi tarea consistirá en supervisar todos los estudios sobre historia natural, botánica, zoología a todos los niveles desde primaria hasta los estudios superiores en la isla. Ichiro va a trabajar en el departamento de construcción. Eso quiere decir que tendremos que vivir en la ciudad.—Esto último lo dice fingiendo que se siente apenada.— Pero el verano lo pasaremos aquí, ¿verdad Ichiro?

—Claro, claro, nos esperan en septiembre.

Finalmente deciden quedarse en la cabaña junto a la aldea. Suben de vez en cuando a la cueva acompañando a Osamu y dos jóvenes aldeanos a los que está enseñando

el oficio del cuidado de los animales y la producción de los quesos de montaña. Alrededor del acceso a la cueva ha tenido que disponer unas defensas especiales contra los jabalíes que se están haciendo numerosos pues la caza ahora es bastante menos frecuente. Osamu ha desmantelado casi en su totalidad la cueva, ya únicamente la usa como almacén y curado de quesos.

Natsumi está cada día peor y ya casi no se levanta. Ha dejado a Osamu y Takara todas sus propiedades en herencia. Yasui no se separa de su lado.

A finales del verano, Takara reúne a los suyos alrededor del lecho de Natsumi.

—Ichiro y yo queremos compartir con vosotros una buena noticia. Estamos esperando un bebé.

Las miradas y gestos de alegría contrastan con la situación de la pobre Natsumi.

—¿Te has enterado? ¿Has escuchado la noticia de Takara?—Le grita Osamu casi al oído.

Natsumi, desde su lecho sonrío y dice en voz muy baja:

—Sí, sí. Ya me puedo ir en paz.

Takara, que no puede evitar las lágrimas, la abraza.

— — —

Osamu conversa con Ichiro en la galería de la cabaña. Takara está con Yasui y Natsumi en la casa. Aunque el final del verano está cerca, los días son aún calurosos. Los dos jóvenes están en la montaña con las cabras. Osamu se ha tomado unos días de descanso. Toman una

cerveza, una bebida que está empezando a ponerse de moda y que, mucho más suave que las tradicionales, les quita la sed. Ichiro, interesado por los acontecimientos de la aldea en los tres años de ausencia, se puso al día con su padre, pero desconoce el encuentro de Osamu con el maestro de su antiguo templo. Osamu se siente cómodo y contento de poder explicarle a su, ahora yerno, los pormenores de su entrevista y cómo ha podido deshacerse de la carga de aquellos episodios de su vida de juventud.

—¿Y sigues practicando entonces como antes?—Pregunta Ichiro con interés.

—Regularmente y sin intención.

—¿Sin intención? ¿Qué quieres decir?

—¿Pero no has leído el Shōbōgenzō, Ichiro?

El joven se siente incómodo. Osamu ha insistido en muchas ocasiones en su lectura y, aunque le ha escuchado recitar el Sutra del Corazón y otros escritos, nunca ha llegado a leerse los ejemplares que le regaló hace años. Su acercamiento a la meditación ha sido poco formal, siempre más relacionado con la admiración y respeto que siente por él que por una curiosidad intelectual o religiosa.

—No. No he llegado a leerlo. Pido disculpas.—Baja la cabeza y hace una ligera inclinación.

—No te disculpes, cada cual tiene su modo. ¿Y tú, sigues practicando?

—En ocasiones, pero no con regularidad.—Respondió.

—¿Quieres que te escriba una nota para el maestro del templo del que te he hablado?

—¡Sí, gracias! Ahora que Takara y yo vamos a vivir a la ciudad quizá tendría ocasión de visitarlo.

Osamu escribió una carta muy simple que cerró e impidió que leyera:

*«Querido maestro,
el que lleva esta carta aún no sabe el tesoro que
oculta en su interior;
no le importe si tiene que sacárselo con caricias o
con palos:
Está listo en cualquier caso. Es el padre de mi
futuro nieto.
Osamu
el tonto presuntuoso hacedor de quesos de la
montaña»*

Es solo para él. Te atenderá bien.

II— Perro

—¡Poneos en marcha, vamos, vamos! ¿Yuki, quieres ayudar a tus hermanos? A ver, a ver: Ami, Riku, Daichi, Goro, Aiko...¿e Izumi? ¿Dónde está mi pequeña?

Takara es una mujer de cuarenta y seis años que intenta poner un poco de orden en la partida. Ichiro se acerca con la pequeña, de apenas cuatro años, en brazos.

—¡Aquí estamos!

Les acompañan dos sirvientas que junto con la hija mayor, Yuki, que ya tiene quince y la segunda, Ami, con apenas catorce, se encargan de arreglar y conducir al resto hacia el carro. Van todos como una camada de perrillos que siguen a su madre.

Aiko, con siete años pregunta:

—¿A dónde vamos con tanta prisa, mamá?

—Vamos a casa del Tata, Aiko. Nos ha invitado a pasar en la aldea unas semanas, como todos los veranos. ¿No ves que hace calor? Allí se está fresquito.—Y señalando a otro de sus hijos, grita—¡Ten cuidado, Goro, puedes hacerle daño a tu hermana!

—¡Sí, mamá! ¿Veremos también al abuelo?—Para ellos el abuelo era el padre de Ichiro.

—Sí, sí, también veremos al abuelo.

Takara lleva de la mano a Aiko y lo sube al carro. Ichiro sube también con la pequeña.

—Vamos, Takara, solo quedas tú.—Ofrece la mano a su mujer.

—¿Estamos todos?—Dice Takara en voz alta.

—¡Sííííí....!—Una algarabía se forma en el carro.

—¡Cochero, cuando quiera!—Grita Ichiro.

La familia de Matsuro Ichiro vuelve, en efecto, todos los veranos a la aldea. Pero este año además se une el hecho de que el ambiente de exaltación nacional y militar es tan excesivo que ambos están deseando respirar un poco de tranquilidad y normalidad en las montañas. El ascenso del nuevo emperador, la guerra en el continen-

te y las campañas victoriosas de la armada en islas lejanas, arrebatando el poder a algunas colonias extranjeras, provoca un ambiente en la ciudad que no quieren para sus hijos.

Aunque en la aldea no son ajenos a las noticias y muchos de los jóvenes se han alistado en el ejército, uno puede sustraerse si quiere a todo eso y volver la mirada hacia el río y las montañas.

Osamu cuenta ya con setenta y seis años. Ha recibido la autorización a pesar de las rígidas trabas burocráticas para construir en el bosque tras la cueva un gran almacén. En términos reales podría decirse que ha comprado el bosque a la aldea, aunque formalmente aparece como una cesión por cien años. Takara, cada verano va a visitar la tumba de su madre con todos sus hijos. Mandó tallar la piedra que, muda, acompañó tantos años los restos de Yuki, su madre. En su honor puso el nombre a su primera hija. Cuando la muchacha se acerca a la tumba de su abuela siente un cierto escalofrío al leer su propio nombre:

*«A Yuki,
la bella nieve de primavera que se fundió en estas
tierras,
Meiji 2»*

Este verano, los siete hijos de Takara, cinco niñas y dos niños, han elaborado entre todos a instancias de Yasui, un gran arreglo floral que llevan en señal de respeto a la

tumba de la abuela Yuki, como han convenido en llamarla todos estos años.

Aiko, el más pequeño de los dos niños, el preguntón, el que está todo el día un poco en las nubes, le pregunta a Yasui:

—¿Por qué a ti no te llamamos abuela ni al Tata abuelo? ¿Por qué la abuela Yuki está enterrada en el bosque? ¿Quieres ser tú mi abuela? A mi me da un poco de miedo ir a la tumba de la abuela en el bosque. ¿Tengo que ir o me puedo quedar aquí contigo?

Su hermana Yuki, le riñe:

—¡Aiko! ¡Hermano pequeño! ¡No digas eso! ¿Mamá se va a enfadar si se entera!

Yasui se acerca al pequeño y se lo lleva a fuera de la casa mientras le dice a la hermana mayor:

—¡¿Qué sabe él?! ¡Déjalo! Está confundido. Es un chico despierto que necesita comprender.

La inventiva, la buena gestión y el trabajo constante sostiene la empresa quesera de Osamu. Desde que amplió el negocio han surgido algunas otras pequeñas instalaciones que emulan sus productos, pero la Quesería Yuki, pues así ha querido nombrar a su empresa, es la que más trabajo da a los hombres y mujeres de la aldea. Hace ya unos años que Ichiro abandonó su trabajo como funcionario en el ministerio. Estaba continuamente en conflicto con sus compañeros de trabajo y sus superiores por lo que decidió, junto con Osamu, abrir una tienda en el centro de la ciudad y dedicarse a ella como encargado

además de tenerla como base para la exportación a otras ciudades. Hoy, los productos Yuki se venden en los establecimientos más famosos de las grandes ciudades de la isla grande y la empresa es una de las primeras dedicadas a ese tipo de productos.

Osamu cada vez tiene menos presencia en su propio negocio. A pesar del consejo del médico que le ha sugerido vivir en la ciudad, pasa la mayor parte del tiempo en la cabaña. Se ha negado a llevar la electricidad y ni siquiera quiere disponer de agua corriente ni sanitarios. Yasui vive en la aldea y disfruta de las comodidades que poco a poco van introduciéndose en la vida cotidiana, pasa tiempo en la cabaña con su marido, pero vuelve a diario a la casa de la aldea. La lejanía a la ciudad hasta hace unos pocos años suponía garantía de tranquilidad y dificultad y encarecimiento del acceso. Con la apertura de carreteras más anchas y la aparición de los primeros vehículos a motor, lo que antes suponía un viaje pesado, ahora puede considerarse un paseo más o menos amable según la época del año.

Ese verano es la primera vez que Yasui ve un vehículo a motor en la aldea. Los niños habían visto ya algunos en la ciudad, pero los chiquillos y mayores de la aldea estaban entusiasmados. Una elegantísima extranjera se baja del vehículo verde con capota beige conducido por un joven chófer. El coche no puede ir más allá de donde ha llegado pues la estrechez de las calles de la aldea solo

permite, a partir de ahí, el paso a los animales y carros estrechos.

La señora va vestida a la occidental y, al ser verano, lleva una sencilla bata cruzada de seda blanca, cerrada por un amplio fajín burdeos bajo el pecho que le da un porte muy femenino y poco común entre las aldeanas. Lleva un sombrero a juego que ha dejado caer sobre la espalda cuya cinta, del mismo rojo que el fajín, deja un lazo pegado al esbelto cuello.

—¿El señor Koizumi?—Pregunta a algunos de los curiosos que se han acercado al oír el ruido del motor.

Una barahúnda de chiquillos, entre los que se encuentran algunos de los más mayores de Takara, acompañan a la señora que evita con dificultad mancharse el bajo de su vestido. La joven señora se ha puesto el sombrero para evitar el sol que a esa hora del día cae con bastante vigor sobre su cabeza.

Los niños saben que Osamu se encuentra en la cabaña, por lo que enfilan el camino de salida de la alea en dirección a las montañas. La señora, que rechazó la ayuda del chófer, sigue un tanto apurada pero alegre a la joven comitiva que, gritando, la precede.

—¡Tata, Tata!—Gritan los nietos de Osamu.

—¡Señor Koizumi! ¡Señor Koizumi!—Se unen los más mayores del grupo.

Osamu, desde la galería en la que se encuentra tallando una sencilla pieza de madera, ve venir la algarabía.

—Pero, ¡¿qué es eso?!—Se dice.

—¡Tata! —le dice Riku, su tercera nieta, una chiquilla graciosa con dos grandes coletas y gafas que aumentan sus ya de por sí grandes ojos.— Esta señora ha venido a buscarte, ¡ha venido en coche!

Todos los chiquillos, incluidas sus nietas, se quedan abajo, al pie de los tres escalones de piedra que salvan la altura que separa la cabaña del suelo.

—¿El señor Koizumi?

La señora se quita el sombrero con la mano izquierda mientras que adelanta le derecha para un saludo formal, un gesto masculino que Osamu no es capaz de interpretar bien y al que responde con una ligera inclinación.

—¿Desea usted sentarse?—Osamu señala con la mano abierta hacia el suelo de la galería mientras habla hacia el interior de la cabaña.—Yuki, pequeña, por favor, trae un cojín y algo de agua fresca para la señora.

Los chiquillos están asombrados y miran en silencio la escena. Osamu, apoyándose en la varanda de la galería le dice a su nieta Riku:

—Avisa a Yasui, dile que venga, ¡anda!

Cuando Riku sale a correr, todos los chiquillos van detrás de ella gritando:

—¡Yasui, Yasui!

Una vez hechas las presentaciones y con Yasui y Yuki a su lado, Osamu se dirige a la señora Catherine Brown que habla un torpe japonés con fuerte acento británico:

—La revista para la que trabajo está interesada en el desarrollo de su empresa. Hace unas semanas, en una

espléndida recepción que la embajada británica ofreció a su majestad el emperador, tuve la oportunidad de hablar con un diplomático durante toda la cena. En un momento halagué el magnífico queso servido y comenté extrañada que se hubiera preservado de forma tan excelente a pesar del largo viaje desde Europa. El diplomático contestó: «Está usted equivocada, es un producto local, de una isla cercana que tiene como marca Yuki, que significa nieve, como usted sabe». Bueno, mi instinto como periodista me dijo que había una buena historia y aquí estoy.

—¿De qué revista me dijo que se trataba, señora?

—Señorita, por favor. Se trata de la famosa *Country Life*. Es una revista con un amplio historial dedicada por completo a la vida rural y sus eventos, traigo algunos números conmigo, podría ir a por ellos, los dejé en el coche.

—No se preocupe, por favor. ¿Le apetece un té? Ya sabe, a la japonesa.—Osamu sonrío pues sabe bien la opinión que los británicos tienen sobre el té japonés.

Osamu valora la situación. Sabe que es una oportunidad para dar a conocer aún más sus productos en las comunidades británicas de todo el país, pero no quiere dar detalles que le hagan sentirse incómodo ni tampoco le gusta mentir. Acuerda con la periodista realizar una entrevista en dos sesiones comenzando ese día y dejando la siguiente para llevarla a cabo más adelante en la ciudad.

—Me marcho en dos semanas, señor Koizumi. No podemos dejarlo para mucho más tarde.

—La semana que viene estaré encantado de verla en nuestra tienda de la ciudad.

—¡Ah!¿Pero tienen ustedes tienda?

Osamu se disculpa y vuelve con una tarjeta del interior de la cabaña que le ofrece a la señorita Brown con ambas manos y una ligera inclinación.

—Ahí tiene la dirección, ¿le parece bien el próximo lunes?

—¿Quieres acompañarnos, Yuki?—Pregunta Osamu mientras comen todos juntos alrededor del fuego.

—¿Qué dices, Tata?¡Pero si Yuki es una cría!—Interviene Takara.

—¡Mamá, por favor!—Protesta Yuki.

—Parece que se te ha olvidado que con su edad te dejé sola en la residencia de estudiantes.

—Eran otros tiempos.—Responde Takara.

Ichiro permanece callado. De vez en cuando ayuda a la pequeña con su comida.

—¿Qué dices, Papi?—Pregunta Yuki pues sabe que si su padre lo acepta, Takara no se negará.

—¿Por qué quieres venir, hija? Va a ser un viaje pesado a la ciudad, un par de días de reuniones de negocios en las que no vas a estar presente, y vuelta para arriba. Va a ser un fastidio, más que otra cosa.—Responde.

—Discúlpame, Ichiro, no quiero llevarte la contraria, pero cuando vino la señorita Brown a la cabaña el otro día, Yuki estuvo presente todo el tiempo y la vi interesada.

A Yuki se le iluminan los ojos cuando habla Osamu:

—Creo que puede ser ella la que decida si se aburre o no. Al fin y al cabo se trata de que acompañe a su padre y abuelo a la ciudad. No estoy proponiendo nada más. Pero, por supuesto, —dice mirando a Yuki— es la decisión de tus padres.

Takara interviene:

—Prepara tus cosas, Yuki. Mañana salís temprano, ¿no?

— — —

El encuentro en la tienda sorprende a la periodista. Ella tiene un montón de ideas preconcebidas sobre la vida en Japón, sobre las ideas anticuadas de sus gentes, su rigor formal y todo un conjunto de prejuicios que poco a poco su estancia en el país va matizando. Dos horas de conversación con Osamu en presencia de su yerno y su nieta, despejan muchas falsas ideas. Ichiro, que en la aldea no estuvo presente, usa de vez en cuando el inglés para aclarar la conversación pues el japonés de la periodista en muchas ocasiones no se entiende.

—Así que su receta es europea.—Afirma la joven.

Osamu, que sabe por dónde va, quiere darle una pequeña lección a la joven. Con una sonrisa en sus labios afirma:

—Sí, ese es su origen. Aunque nosotros hemos añadido mucho a la receta original. Mi hija Takara, ¿sabe?, es doctora en historia natural. Leyó una disertación sobre la flora alpina de la isla y sus trabajos en microbiología nos han permitido mejorar el producto. Igual que uste-

des, los europeos, se aprovecharon con éxito del papel, que es un invento chino, de la pólvora que aunque es de origen chino llevaron los árabes a Europa, del cero que nos ha permitido un increíble avance en las matemáticas y es un invento indio, nosotros a nuestra modesta escala, hemos obtenido ese producto que tanto le gusta a partir de algunas recetas e indicaciones de ciertos lugares de Europa.

La periodista toma notas con unos signos caligráficos. Lejos de sentirse incómoda con la perorata de Osamu, se siente muy satisfecha de su trabajo. Ichiro, sin embargo, mira hacia el suelo sin saber muy bien dónde meter ese corpachón. Yuki mira a su abuelo orgullosa.

La señorita Brown, después de acabar con la entrevista, saca una cámara que a todos entusiasma por su pequeño tamaño. Abre la tapa, extiende el fuelle y apoyándose por un momento sobre una caja pide a Osamu que permanezca quieto un momento.

—Disculpe, señorita, quiero que Ichiro y mi nieta aparezcan conmigo en la fotografía.

—Claro, ¿cómo no?

Nota Final

En este relato se han omitido deliberadamente los nombres de los lugares así como las fechas y acontecimientos concretos, aunque la historia transcurre a caballo entre el siglo XIX y XX. Todos los personajes son ficticios pero la situación social y política así como el desarrollo científico y tecnológico se corresponde con los años que van aproximadamente desde 1869 hasta 1915. La isla en la que se desarrolla la acción es Shikoku, pero se han usado muy libremente sus datos geográficos e históricos según eran necesarios para la narración por lo que no tiene sentido intentar buscar correspondencias exactas.